RESEÑAS

WILLIAM F. CONNELL, *After Moctezuma. Indigenous Politics and Self-Government in Mexico City. 1524-1730*, Norman, University of Oklahoma Press, 2011, 352 pp. ISBN 9780806141756

El movimiento se demuestra andando. En este sentido el libro que vamos a comentar es prácticamente un pionero, pues ha sido costumbre mala, por cierto dejar la ciudad de México en manos de los españoles y no atender a las decenas de miles de indígenas que siguieron habitando en ella entre los siglos XVI y XVIII, por ceñirnos al marco temporal del presente estudio. Es cierto que la ciudad de México concentró a la mayor parte de los españoles que acudieron a la Nueva España y que fue la sede de las principales instituciones de gobierno, tanto civil como eclesiástico. Pero también lo es que la mayoría de sus habitantes siguió siendo indígena y que mantuvo gran parte de sus costumbres y modos de gobierno y que los investigadores apenas hemos prestado atención a eso. Y las cosas comienzan a cambiar. Este libro es prueba de ello.

Cinco capítulos, una introducción y unas conclusiones forman el cuerpo del libro. En los títulos de los mismos se perciben las ideas del autor sobre la conformación y evolución del sistema:

Introduction: Continuity and the Emergence of Indigenous Self-Government in Mexico-Tenochtitlan.

1. Undermining Consensus: the Origins of Political Culture in the Indigenous Government, 1536-1572.
2. Indigenous Government in Transition, 1573-1610.
3. A City Emergent: Viceregal Challenges to Local Politics, 1629-1654.
4. Diversity and the Infiltration of the Cabildo, 1650-1680.
5. A Tecpan Divided: A Mature Political Culture, 1660-1730.

Un útil apéndice lista los gobernantes de la ciudad entre 1520 y 1734. En él figuran los últimos *tlabtoque* mexica, quienes eran señores de Tenochtitlan por serlo de una unidad superior el imperio, pero no estamos seguros de que la continuidad de los gobernantes coloniales de Mexico-Tenochtitlan deba hacerse con ellos, sino con otros cargos de menor categoría que se encargaron efectivamente del gobierno de la ciudad. Comparando términos del mismo nivel podemos progresar más en la evolución de la cuantía de poder que tenían.

Volvamos al texto de Connell. Lo que a él le interesa es estudiar la evolución del sistema mediante los personajes que ocuparon el poder y las características de los mismos. Mucho juego dan los momentos de conflicto, como la contradicción de las elecciones tan abundante en el siglo XVII, hechas con más o menos fundamento, pues como nos muestra el autor, en algunos años no había problemas con las personas elegidas y en otros sí, aun tratándose de los mismos candidatos. Es decir, que había una pugna política, un juego de facciones que nos interesaría conocer. Connell dedica bastante espacio a discutir la carrera de Antonio Valeriano, gobernador de 1573 a 1599, quien más tiempo estuvo en el cargo y el primero que no pertenecía a la dinastía tenochca. Esto es verdad, pero en cierto modo también es falso, pues como bien señala el autor, Valeriano estaba casado con una

hija de Diego Huanitzin, el primer *tlabtoani* colonial miembro de la familia de Motecuhzoma. Es muy probable que esta circunstancia fuera clave para su nombramiento y que representara a la misma facción política. Este es uno de los caminos que muestra este libro, sin haberlo podido recorrer: no solamente tenemos que ocuparnos de los gobernadores, sino de su entorno. Será necesario ampliar el espectro y sumar a los nombres que ya tenemos los de los alcaldes y regidores, en primer lugar para verificar si había una suerte de carrera política, una alternancia o qué. Además tendremos que hacer árboles genealógicos para establecer las relaciones familiares. Puede ser que nos encontremos con cambios de gobernador que no implican cambios en el poder, por ser representantes de las mismas familias. Además de los hermanos Aguilar mostrados por Connell podemos encontrar padres e hijos, o más difícil de detectar si no tenemos los datos concretos, suegros y yernos. O cuñados. Las familias son muy importantes. Además, suelen superar el ámbito local. Algunos de los gobernadores del siglo xvi, como Diego Huanitzin o Esteban de Guzmán, y Antonio Valeriano el joven en el siglo xvii, habían sido *tlaboque* o gobernadores antes en otros lugares y don Diego de la Cruz Villanueva había sido propuesto para gobernador en Tlatelolco¹ o lo había sido.² Parece ser que no hay más coincidencias a la vista en la tabla de Estrada,³ aunque faltan datos para algunos años, pero sería interesante disponer de la información de los alcaldes, al menos.

Hay elementos comunes en las acusaciones hechas para contradecir las elecciones: no cumplir con los requisitos étnicos, no

¹ María Isabel ESTRADA, "San Juan Tenochtitlan y Santiago Tlatelolco: las dos comunidades indígenas de la ciudad de México 1521-1700", tesis de maestría, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2000, p. 188.

² CONNELL, *After Moctezuma*, p. 253.

³ ESTRADA, "San Juan Tenochtitlan y Santiago Tlatelolco", pp. 189-190.

saber leer y escribir, no ser solvente económicamente o ser borracho. En realidad estas acusaciones son una constante en las reclamaciones en la Nueva España, y no siempre son fidedignas. Lo que sí hay de verdad en muchas de ellas es el componente étnico, pues las mezclas se estaban produciendo desde los primeros tiempos y hay muy pocos “indios puros”. La mayoría son mestizos y en los casos de los yernos podemos encontrar personajes españoles. La presencia de candidatos españoles a la gobernación de México-Tenochtitlan es muy interesante y nos indica el alto grado de mezcla racial y cultural en la capital del virreinato. Y si alguno logró su propósito, el interés es mayor. No podemos pasar por alto un caso curioso al que Connell dedica suficiente atención: el de don Francisco Benítez Inga, gobernador en 1659 y 1660, al que se trató de inhabilitar por ser mestizo, aunque no se consiguió (pp. 118-125). La particularidad de Benítez es que procedía del Perú y aunque fuera indio puro, no estaba tan clara su etnicidad, en lo que constituye un toque de aviso para los historiadores y antropólogos y las categorías que manejan. En cualquier caso, no sería natural del lugar, aunque llevaba décadas residiendo en él.

El libro de William Connell nos ofrece mucha información, la mayor parte prácticamente desconocida hasta ahora, y nos aboca a seguir investigando. Para ello son muy importantes los documentos, procedentes en su mayoría del Archivo General de la Nación de México, citados en el libro a la manera más usual: con la signatura del archivo. El lector necesita más información y los documentos de archivo deberían recibir el mismo trato que otras unidades bibliográficas, es decir, queremos autores, títulos y números de página, así como fechas. Si un documento está publicado se nos suele dar esa información, y si no lo está, no, y creemos que eso debería cambiar.

Y para este lector, además, la presentación de las notas, tan de moda últimamente, hace muy dificultosa su consulta. Algunas

de ellas deberían formar parte del texto y otras estar más cerca del texto que explican o complementan.

Y una última cosa que podría haber aparecido en las conclusiones: la comparación. Hay estudios de cabildos de indios en otras regiones y en ellos se perciben comportamientos parecidos a los de Tenochtitlan. Hay documentos como los *Anales de Tecamachalco* en los que aparecen los nombres de los gobernadores y de los alcaldes y se puede percibir el juego político. Está claro que la ciudad de México (Tenochtitlan y Tlatelolco) ocupa un lugar especial en la historia de la Nueva España, pero sus maneras de hacer política pueden ser más “normales” de lo que hemos pensado y eso solamente se puede saber comparando.

Para terminar, es justo volver al libro de William Connell y valorar lo que aporta, que es mucho. Nos ha puesto de manifiesto la existencia y vitalidad de la administración indígena en el corazón mismo del mundo español y nos hace desear saber más: obligaciones, actuaciones, beneficios y riesgos económicos, lazos de parentesco, intereses comunes, etc. Estamos encaminados y es hora de ponerse en marcha.

José Luis de Rojas

Universidad Complutense de Madrid

GUY STRESSER-PÉAN, *El sol-dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra de Puebla*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 614 pp. ISBN 9786071605818

Sin duda este libro, publicado recientemente en francés, inglés¹ y ahora en español, es una obra de gran relevancia académica, lo

¹ GUY STRESSER-PÉAN, *Le Soleil-Dieu et le Christ. La christianisation des Indiens du Mexique*, Paris, L'Harmattan, 2005, 568 pp., fotografías,

que se denomina un clásico de la literatura científica. La autoría del libro recae no sólo en un especialista de renombre internacional como es el profesor Guy Stresser-Péan, sino especialmente en un humanista de excepcional trabajo y sensibilidad, quien destacó en distintas disciplinas como son la arqueología, la historia, la religión antigua, las fuentes en lenguas indígenas, los códices prehispánicos y coloniales, la lingüística y la etnografía.

El nombre de Guy Stresser-Péan forma parte de la gran generación de humanistas como Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Miguel León Portilla y Alfredo López Austin. Sin duda, estos talentosos especialistas de los pueblos indígenas de México resaltan porque comprendieron desde muy temprano que se requerían ciertas condiciones para poder estudiar la compleja religión e historia de los pueblos indígenas de México. De entre las más importantes de estas condiciones está la de romper con los estrechos cajones de las disciplinas sociales y ser más ambicioso en cuanto a la aprehensión interdisciplinaria, así como contar con una mirada etnográfica respecto del pasado indígena y una mirada histórica relativa a su presente.

El libro del profesor Guy Stresser-Péan reúne estas condiciones fundamentales: la interdisciplinaria, la erudición y la imaginación. En efecto, en este espléndido libro, fruto de la experiencia interdisciplinaria de más de 50 años del profesor Stresser-Péan podemos observar los resultados de un ejercicio erudito en donde comparar, cruzar disciplinas, comprender distintas lenguas indígenas e imaginar son piezas fundamentales. El centro de su libro es tejer la historia religiosa prehispánica, colonial y presente de la región pluriétnica de la Sierra de Puebla. Para en-

mapas y un film etnográfico en DVD; GUY STRESSER-PÉAN, *The Sun God and the Savior. The Christianization of the Nahua and Totonac in the Sierra Norte de Puebla, Mexico*, Boulder, University Press of Colorado, 2009, 627 pp., fotografías, mapas y un film etnográfico en DVD.

marcar la originalidad de su trabajo debemos considerar que, salvo honrosas excepciones, la mayor parte de los especialistas en la historia y la antropología en México, y desde hace por lo menos 40 años, no suelen combinar ambas disciplinas ni tampoco cuentan con entrenamiento en las ricas lenguas indígenas.²

Por fortuna y desde el inicio de este libro el profesor Guy Stresse-Péan rompe de modo elegante y original con estas formas comunes de investigar y nos lleva de la mano por una completa revisión de lo que fue la evangelización en México, haciendo además hincapié en la compleja realidad religiosa de la Sierra de Puebla. Así, con gran maestría, en los primeros cinco capítulos nos detalla de manera fascinante la incorporación religiosa de la Nueva España y de la Sierra de Puebla, en particular al catolicismo imperial. Como sabemos, América pertenecía desde 1492 por el derecho reconocido en las *Partidas*, a los reyes de Castilla y Aragón, debido a que había sido descubierta a los ojos europeos como parte de una empresa de estos monarcas.

Pocos años después este privilegio recayó exclusivamente en la corona de Castilla, lo que le permitió el dominio y también la incorporación de los indígenas de América como vasallos castellanos. El problema de la jurisdicción y derechos de la monarquía castellana sobre América decidió las formas de gobierno de los territorios a lo largo del siglo xvi. De hecho, la metrópoli española tuvo una característica única. Se puede decir que el gran tema ideológico de la monarquía en ese siglo fue definir su pa-

² Honrosas excepciones de libros publicados en español son los recientes trabajos de Alfredo LÓPEZ AUSTIN y Leonardo LÓPEZ LUJÁN, *Templo Sagrado-Templo Mayor*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009; el libro de Michel GRAULICH, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999; y el libro de Guilhem OLIVIER, *Tezcatlipoca. Burlas y metamorfosis de un dios azteca*, traducción de Tatiana Sule, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

pel de guardián del cristianismo universal, papel que la propia monarquía castellana se otorgó a sí misma. En todo momento, los principios ético-político cristianos se volvieron un principio fundamental para la corona. La tarea de notables teólogos y juristas fue establecer cuáles eran esos principios y debatir en torno a ellos.

Esta búsqueda de legitimación ética y política desencadenó la existencia de una corriente de pensamiento que buscó razones para sostener los derechos de la corona sobre América, y coadyuvó a la discusión sobre la naturaleza jurídica y los derechos de la población nativa. Para la mayoría la concesión papal justificaba el título de Castilla sobre América, y ésta se había dado para la conversión de los indios al cristianismo; así, el rey debía emitir una serie de órdenes específicas en que se garantizara esa conversión y el buen tratamiento a los naturales. Por supuesto en la época quienes más discutían los justos títulos del rey de Castilla sobre América fueron los franceses e ingleses, y la respuesta por los derechos de Castilla fue emprendida por algunos españoles a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Sin embargo, en los reinos de Castilla hubo voces que cuestionaron los títulos del rey a raíz de la devastación de la población nativa a manos de los españoles. Esta corriente de pensamiento, que había interesado a algunos asesores de la corte del emperador Carlos V, y al mismo emperador, se encuentra también en numerosos frailes enviados a Nueva España y provenientes de conventos reformados, así como egresados de las grandes universidades europeas en donde se discutían las ideas de Erasmo de Rotterdam y de la Reforma.

Tomando en cuenta este complejo contexto el profesor Guy Stresser-Peán subraya el interés de los frailes, durante buena parte del siglo XVI, no sólo en la conversión de los indios, sino también en construir fórmulas discursivas complejas para lograr su conversión, como fue el aprendizaje de lenguas indígenas, la es-

critura de vocabularios, gramáticas y traducciones de obras religiosas y sermones a diversas lenguas indígenas, así como la elaboración de obras en donde estudiaron, junto con varios de sus discípulos indígenas, la historia antigua y las creencias de los pueblos mesoamericanos antes de la conquista. No menos importante en el siglo xvi fue la manera en que los frailes enseñaron a los hijos de los nobles a leer y a escribir en castellano, latín, y naturalmente en náhuatl y otras lenguas indígenas.

Pero más aún, gracias a la obra del profesor Stresser-Peán observamos en sus primeros capítulos que en el siglo xvi hubo mucho interés entre los frailes por dialogar y discutir algunos aspectos de la religión y de la política castellana con una parte de la población indígena, así como la crítica constante a los poderes que les negaban derechos a los pueblos indios, siendo estos ejercicios poco conocidos, resultado de la ideología imperante acerca de los justos títulos del emperador, y que por ende forman parte de un interés contemporáneo en el humanismo cristiano. Aunado a ello existía entre algunos frailes un cotidiano asombro y admiración por la sociedad indígena, así como por la antigua organización prehispánica cuyos rasgos más sobresalientes fueron alterados pocos años después de la conquista. De tal forma la conversión de los indios al cristianismo era un tema importante para los frailes, pero también se interesaban en las antiguas culturas nativas con un afán por aprender del otro. En este contexto el célebre fray Bernardino de Sahagún estuvo también motivado en su tarea de elaborar la *Historia general* por su afán de aprender y por un interés erudito. Su obra es más un monumento a la pasión por el aprendizaje que un manual de extirpación de idolatría indígena, como generalmente se ha considerado.

Es este panorama tan sui géneris el que el profesor Guy Stresser-Peán logra aprehender a lo largo de los primeros capítulos de su libro, la compleja empresa de evangelización así como el contexto religioso de la Sierra de Puebla, una región poblada por

pueblos totonaco, otomí y nahua y alejada de los centros de poder, la cual por demás ha sido muy poco estudiada. Ya sólo esta empresa intelectual hubiera sido suficiente. Sin embargo, el profesor Stresser-Peán va mucho más allá en este libro.

De tal suerte que dedica sendos capítulos a la situación religiosa de la Sierra durante los siglos XVII y XVIII, además de que nos presenta y contextualiza una sedición milenaria indígena desconocida ocurrida en Tutupec a fines del siglo XVIII. Acto seguido y en los siguientes capítulos, con delicadeza, agradable estilo y prolijidad en los detalles analiza y vincula esta historia religiosa local de la Sierra de Puebla con las relevantes tradiciones contemporáneas de diversos pueblos de esta región. Escrito con amena pluma, su análisis siempre va acompañado de copiosas y cuidadosas notas etnográficas, bibliografía pertinente, excepcionales fotografías e incluso la novedad de una película etnográfica cuidadosamente filmada en 1991 sobre la fiesta del maíz en la Sierra. Con estos acompañamientos, sensibilidad y erudición, el profesor Guy Stresser-Peán aborda el culto a los cerros, los oratorios, ídolos, las fiestas celebradas con tambores sagrados. Nos muestra cómo el pasado y el presente religioso indígena se conforman de una multifacética y flexible utilización de los cinco sentidos, así como de una refinada interacción de elementos culturales propios y ajenos. Así, con excepcional erudición Guy Stresser-Peán muestra en su libro cómo durante la época colonial los objetos asociados a los dioses antiguos, a pesar de estar prohibidos, al igual que su culto, continuaron teniendo vigencia durante la época colonial, el siglo XIX y la época actual, y nos remite a diversos objetos que permitían (y permiten) comunicarse a los especialistas indígenas con los antiguos dioses.

Más aún, para hacer más claro este original punto el profesor Guy Stresser-Peán dedica los siguientes capítulos al análisis de las fiestas y danzas prehispánicas y coloniales, avanzando poco a poco en este estudio hasta presentarnos a quienes acertadamen-

te él nombra “los poseedores de la sabiduría indígena.” A partir de aquí los capítulos que componen este libro extraordinario tomarán todavía mayor vuelo comprensivo. El profesor Guy Stresser-Peán con naturalidad nos introduce a un descubrimiento excepcional que realizó durante una etapa de su prolongado trabajo de campo a principios de 1990: la vigencia ritual del calendario totonaco en el pueblo de Tepetzintla cuya información confirmó ocho años después, cuando pasó por una serie de vicisitudes que nos describe, en el pueblo de Ozomatlán.

En este punto incluso, con sencillez y desenvoltura, el profesor Guy Stresser-Peán nos explica sus problemas en la transcripción del totonaco, llave fundamental para entrar a este calendario, y para aquilatar este logro hay que mencionar que Stresser-Peán ya era de por sí políglota, no sólo en varias lenguas occidentales sino también en las lenguas huasteca y nahua. Finalmente los últimos capítulos corresponden al profundo estudio de la rica y compleja cosmovisión de los indígenas, de cómo ven el mundo, la concepción que tienen de las almas y los seres sobrenaturales que les acompañan en su duro día a día.

Sin duda, es la mirada erudita, inteligente y sin prejuicios del profesor Guy Stresser-Peán la que redescubre formas de acercamiento novedoso al mundo indígena y nos devuelve un mundo complejo, solidario, tradicional y al mismo tiempo moderno. Asimismo, este estudio magistral me recuerda lo que solía decir a sus estudiantes el también gran erudito John Murra: “No digan perdido, digan aún no encontrado.” Esta frase parece acompañar el exitoso esfuerzo de comprensión realizado por el profesor Guy Stresser-Peán en esta obra.

En este libro se muestra cómo a lo largo de cinco siglos los diversos grupos indígenas de la Sierra de Puebla adaptaron distintos elementos cosmogónicos a soportes cristianos. Asimismo, esta dinámica combinación no obedece a un sincretismo religioso, concepto que resulta por demás simplista a la luz de los ejemplos

que el autor nos ofrece, y parece consistir más bien en la complejidad cultural indígena que se conforma de comportamientos culturales absolutamente dinámicos. Me parece importante señalar que tanto el dinamismo cultural como la flexibilidad ideológica de los indios son elementos que han permitido su supervivencia a lo largo de cinco siglos de verdadera marginación e injusticia. Estos elementos ayudan a la población indígena a definir alternativas culturales, políticas y especialmente éticas frente a la dominación del estado colonial y del estado nacional.

Esta importante aportación de Guy Stresser-Péan es el resultado de su paciente trabajo interdisciplinario y de una reflexión asentada en su profundo conocimiento de la religión indígena antigua, colonial y contemporánea, algo que no cualquier estudioso ha logrado. Como especialistas y como interesados en la historia y etnografía indígena de los pueblos de América Latina debemos tomar en cuenta el ejemplo del profesor Guy Stresser-Péan. Conocer y reconocer que en México existen numerosos corpus documentales indígenas sin explorar, numerosas comunidades indígenas con un patrimonio tangible e intangible que no han sido atendidas en el plano académico, menos aún del Estado, y finalmente estudiar el mundo indígena forma parte de una empresa intelectual de grandes dimensiones.

En este punto considero importante señalar lo que menciona Gary Gossen en un bello artículo acerca de que México como nación multiétnica y multicultural “no puede menos que reconocer que tiene una particularidad de historias, cada una de las cuales le proporciona sentido a su correspondiente sociedad y una perspectiva útil sobre su situación existencial”.³ A lo largo de su trabajo el profesor Guy Stresser-Péan recuperó algunas de

³ Gary H. GOSSEN, “Cuatro mundos del hombre: tiempo e historia entre los chamulas”, en *Estudios de Cultura Maya*, XII (1979), pp. 179-190, especialmente p. 189.

esas historias pasadas y presentes, historias y realidades religiosas actuales y locales reconstruidas por él con paciencia, imaginación y dinamismo. Reconocer la multiplicidad de historias pertenecientes a los pueblos indígenas de México nos hace a todos, como señala Gossen, “más sabios, más ricos y profundos en cuanto a la comprensión humana”. Sin duda el profesor Guy Stresser-Peán nos ofrece en este magnífico libro un gran ejemplo de su profunda y erudita comprensión humana.

Ethelia Ruiz Medrano

Instituto Nacional de Antropología e Historia

MATTHEW RESTALL, *The Black Middle. Africans, Mayas, and Spaniards in Colonial Yucatan*, Stanford, Stanford University Press, 2009, 456 pp. ISBN 9780804749831

Matthew Restall nos ofrece con el libro *The Black Middle* la segunda entrega de una trilogía cuyo primer trabajo fue *The Maya World*, un análisis de la historia sociocultural de la población nativa de Yucatán, y promete un tercer texto donde abordará a la sociedad española de la Península integrando en su análisis las propuestas planteadas en los dos libros previos. Justifica el esfuerzo dedicado a *The Black Middle* por la poca atención que han recibido los africanos y sus descendientes en la historiografía colonial de la región, y al abordar el tema se propone contribuir a la comprensión de la diáspora africana y las sociedades coloniales americanas, pero especialmente a la historiografía de Yucatán.

Tres son los ejes que guían su análisis. En primer término aborda cuestiones demográficas y socioeconómicas para evaluar el peso relativo de la población de origen africano en relación con

los otros grupos sociales, su distribución espacial y su papel en la formación del sistema colonial y en la estructura laboral. El segundo eje se enfoca en las identidades del grupo estudiado, la continuidad de características culturales propias, el significado de las distinciones raciales y las diferencias dentro de esta población. El tercer eje de análisis, presente a lo largo del texto, se dedica a las relaciones interraciales de quienes Restall denomina afro-yucatecos con españoles y con mayas.

El libro tiene un afortunado balance de propuestas, discusión de planteamientos vigentes entre académicos que trabajan los temas tratados, comparación con otras regiones americanas y el manejo de una rica documentación. Por ello un primer mérito del texto, que quiero destacar, es precisamente el acopio de esta información sobre un tema que resulta elusivo y aparece en referencias dispersas en diversos fondos y archivos, pero que el autor ubicó para fundamentar su análisis. Nos presenta casos que considera representativos y al hacerlo nos abre una ventana para mirar un aspecto relevante pero poco conocido de la historia colonial yucateca. Con la lectura conoceremos las experiencias y condiciones de vida de personajes tales como un esclavo que sirvió en la conquista y tras conseguir su libertad viajó a España buscando y consiguiendo una merced real; un mulato criado del cura Pedro Sánchez de Aguilar, quien lo llevó a Sevilla donde fue discriminado por su color de piel; diversos pretendientes al matrimonio rechazados por la familia de la novia “por su condición inferior” o por ser “repugnante la diferencia”; dos negros que trabajaron junto con los mayas en la construcción de un puente; un africano que en Yucatán consiguió su libertad pero fue acusado de bigamia y arrestado en Cartagena luego de viajar a Cuba y Venezuela; varios oficiales de la milicia parda, algunos de los cuales prosperaron con la propiedad de estancias y con actividades como el comercio; una mujer parda que abandonó su casa y cuatro hijos siendo luego sirvienta en casa del cura

que la protegió del marido; un brujo que realizaba rituales para consumo de mayas y españoles; un esclavo que huyó y mantuvo difíciles encuentros con mayas por lo que fue acusado de huida, robo, asalto y violación, y otro que golpeó a un cura por indicaciones de su dueño. Los casos de experiencias individuales se complementan con el manejo de datos “duros” provenientes de otro tipo de fuentes, como registros parroquiales y censos, que se expresan en útiles cuadros y gráficas.

Restall analiza la ideología sobre cuestiones raciales que se formó en Yucatán y concluye que era más incipiente que coherente y más sobre el rango que sobre la raza. En términos generales, los españoles asumieron la diferencia, desigualdad e inferioridad, pero no en un sentido esencialmente racista, por lo que advierte que no debe equipararse el etnocentrismo hispano de los siglos XVI al XVIII con el racismo moderno. Circulaban en la Península las mismas ideas que en el resto del imperio: actitudes ambiguas y prejuiciosas de instituciones e individuos hacia la esclavitud y hacia la población de ascendencia africana; estereotipos que enfatizaron la diferencia pero no contribuyeron a una ideología racial coherente; y un entramado de rangos sociorraciales que no coadyuvaron a la creación de un sistema efectivo de control.

Discute el autor la naturaleza de la esclavitud en las Américas manejando del modelo dual de sociedades con esclavos *versus* sociedades esclavistas y hace un balance de las posiciones de diversos autores. Para el caso yucateco a lo largo de la colonia plantea que fue una ambigua sociedad con esclavos, mas no esclavista. Aunque al final del siglo XVII Mérida y Campeche pudieron haber estado a punto de cambiar a sociedades esclavistas, nunca hicieron la transición a una agricultura de plantación basada en trabajo esclavo ni la colonia generó riqueza suficiente para mantener un nivel relevante de importación de esclavos. Los dueños de esclavos formaban parte de la élite dirigente, pero no por el hecho de poseerlos sino que los podían tener precisamente por pertenecer

a ese grupo. De este planteamiento el autor deduce un resultado importante, y quizás un factor definitorio: la naturaleza íntima, personal e individual de las relaciones e interacciones que los afro-yucatecos experimentaron con españoles y mayas.

Sintetiza el autor la propuesta contenida en su texto de la manera siguiente. La población de origen africano fue capaz de trascender la esclavitud y la subordinación racial al crear un espacio dinámico en su búsqueda de movilidad social, distanciándose de los esclavos e interactuando con los españoles y con las comunidades mayas. Pero con esta estrategia quedaron en una posición ambigua: dentro y fuera a la vez de las sociedades española y maya. Así, los descendientes de africanos en Yucatán, a decir de Restall, quedaron atrapados en el medio, *"the middle"*, entre los colonos españoles y la población nativa. En este espacio pudieron desarrollar vidas complejas y variadas y evadir restricciones heredadas. Aborda con especial atención a la milicia parda como una vía privilegiada de movilidad social ascendente para los afro-yucatecos.

Al postular la existencia de comunidades afro-yucatecas a lo largo de la colonia plantea y analiza seis bases comunitarias. Las dos primeras: cultura y religión de origen africano e identidad cristiana, tienen que ver con el sentido de pertenencia y el papel que lo "africano" jugó en la adaptación al nuevo entorno. Nuevamente hace aquí un balance de las contrastantes posiciones que algunos académicos sostienen en relación con este problema. El debate gira en torno a dos polos: la "creolización" que enfatiza la experiencia de los esclavos en el Nuevo Mundo y la "retención africana" que se centra en las raíces de sus lugares de origen y en las continuidades. Restall manifiesta su inclinación por la primera visión "afrocentrista" y con ella buscó aproximarse al problema. Sin embargo, la evidencia recabada le mostró claramente que la diferencia demográfica entre africanos y afro-yucatecos, o sea descendientes de africanos cuyo entorno cultural y experiencia de vida estaba en Yucatán, hacía difícil no concluir

que las comunidades afro-yucatecas estaban marcadas más por la “creolización” que por la “retención africana”. Como los esclavos y exesclavos reemplazaron sus identidades locales africanas con yucatecas, el autor propone que habría que buscar estas identidades desde una perspectiva afrocéntrica, pero también que para encontrar las identidades colectivas se deben estudiar primero las identidades individuales, pues éstas revelan cómo la gente mantuvo identidades múltiples, tanto en paralelo como en serie. Fue un proceso de transformación y adaptación. Las otras cuatro bases de comunidad planteadas y analizadas por Restall, estrechamente relacionadas, son: clasificación étnica o racial, ocupación, parentesco y vida familiar, y ubicación.

Cuando el autor aborda las interacciones que la población estudiada mantuvo con los mayas, recurre a diversos casos para ilustrar cómo la magia y la brujería fueron un espacio de encuentro entre estos grupos donde se daba tanto la integración como las relaciones antagónicas. Esta paradoja era central en una dinámica que el autor ha llamado en trabajos anteriores “la dialéctica hostilidad-armonía”, que sólo pudo desarrollarse con relaciones cercanas e interacciones múltiples. Esta dialéctica, a decir del autor, siempre estuvo presente en las relaciones afro-mayas en mayor o menor medida. Pero a pesar de esto y de la intervención española, la mayoría del tiempo los afro-yucatecos y los mayas trabajaron y vivieron juntos, se casaron y tuvieron hijos, practicaron rituales “y en general forjaron comunidades complejas afro-mayas”.

Restall termina su libro afirmando de manera categórica “los mayas de Yucatán deben ahora ser vistos como afro-mayas” y “la historia de Yucatán no puede seguir escribiéndose sin incluir a los afro-yucatecos y sin reconocer su lugar en el medio (*middle*)”. En cuanto a esta última conclusión, los mismos casos que nos ofrece el texto podrían ser analizados desde otras perspectivas que ubiquen a la población afrodescendiente en una posición no intermedia sino intersticial, marginal o periférica.

Más discutible aún es la primera conclusión, presente a lo largo del texto: que la presencia de los afro-yucatecos alteró a las comunidades nativas al grado de poderse afirmar que a finales de la colonia se habían convertido en afro-mayas. ¿Por qué no, y con mayor razón, en euro-mayas? O más absurdo aún, en ¿euro-afro-mayas? Lo que sí queda fuera de duda es la importancia de la contribución de los africanos a la dinámica del mestizaje. Por ello resultan muy importantes para fundamentar la propuesta los datos demográficos que el autor maneja para una población afrodescendiente que llegó a significar hacia 1790 12.2% de la población yucateca. Como afirma Restall, la ascendencia africana en términos biológicos está extensamente tejida en la tela de la moderna población de la Península. Si bien es innegable este aporte, parece no haber bases suficientes que permitan concluir que el mestizaje biológico con la población maya devino en un mestizaje cultural que nos lleva a necesitar una nueva denominación que registre el fenómeno. El mismo Restall reconoce que el aporte cultural africano es hoy virtualmente invisible en Yucatán, que las denominaciones de casta eran categorías sociorraciales muy elásticas, que aquellos afro-yucatecos que migraron a los pueblos de indios eran milperos, cazaban, tenían abejas, criaban cochinos y a veces vacas, vivían en casas de paja y, en general, tendían a vivir como mayas. Habría que buscar elementos del legado afro-yucateco en la cultura maya colonial y contemporánea, más allá del innegable factor biológico, en ámbitos como la lengua, la comida o las ceremonias rituales. Si no los hay, esto nos estaría indicando que la significativa población negra que llegó a la región tuvo la oportunidad, o más bien no tuvo otra opción, que integrarse al mundo español o mestizo o asimilarse a la población maya mayoritaria.

Gabriela Solís Robleda

Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social

IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ, *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española, 1700-1739*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, «Serie Historia Novohispana, 85», 365 pp. ISBN 9786070218033

A raíz de la publicación en 1971 del clásico libro de David Brading *Mineros y comerciantes en el México borbónico* y sus sugerentes propuestas acerca del crecimiento económico de Nueva España bajo el impulso reformista borbónico y el comportamiento excepcional de mineros y comerciantes como máxima expresión del potencial del grupo de dominio colonial, empezaron a surgir como en cascada investigaciones que, fundamentalmente desde el ámbito de la historia económica y la historia social, y sobre todo, a partir de la delimitación de espacios o, acotados a colectividades específicas, buscaban confirmar, rectificar o enmendar, las llamativas hipótesis de Brading. Desde entonces a la fecha, 40 años, son muchos los trabajos publicados dedicados a analizar el comportamiento económico y social de Nueva España, y con seguridad, el siglo XVIII se ha convertido en la centuria colonial más estudiada en los últimos años. En cuanto al ámbito del comercio novohispano, la novedad en los estudios ha sido revisar los vaivenes del sector a partir de la realidad de la colonia y no del impacto en la metrópoli, así como buscar reconstruir el entramado económico y social de los gremios mercantiles, con particular atención en el Consulado de comerciantes de la ciudad de México, aunque curiosamente no se ha profundizado lo suficiente en sus manifestaciones corporativas.

En ese recorrido, los estudiosos del siglo XVIII hemos elegido una periodización de la centuria que rebase el marco cronológico estricto y esté definida por rasgos específicos que la caractericen y distinguan. Así, la generalidad de los autores ha confinado el siglo XVIII novohispano a los años que transcurren entre 1760

y el inicio de la ruptura colonial, los años de la llamada “revolución en el gobierno”, mientras otros hemos optado por una periodización más prolongada en dos etapas, la primera, que abarca de las últimas décadas del siglo XVII hasta la guerra de los Siete Años y que concede al proceso novohispano el tiempo de su clara manifestación autónoma y autárquica, en términos políticos y económicos, medido primordialmente por el papel interlocutor del Consulado de México –los años del consenso que sugiere John Lynch– y una segunda etapa, la de la última Nueva España, en expresión de Roberto Moreno, que son los años de la imposición borbónica, el absolutismo regio y la subordinación colonial. Ahora bien, inclinados por una periodización u otra, lo cierto es que muy poco hemos avanzado en el estudio del acontecer de Nueva España de los años 1680 a 1750. En el conjunto podría decir que contamos solamente con importantes pinceladas, y en concreto, sobre los avatares que enfrenta el Consulado de México en esos años, hemos indagado lo mínimo, casi nada en contrapeso con la segunda mitad del siglo: poco sabemos de sus miembros, las formas de adhesión a los tan debatidos partidos, las formas de negociar en Jalapa y Acapulco, las redes de parentesco, compadrazgo y clientelismo. Y como señalé ya, muy poco se han estudiado los convenios y concertaciones de que disponía la cúpula del Consulado para preservar los privilegios corporativos, el aparejo que daba razón de ser a ese entramado social que se beneficiaba, por encima de otros grupos económicos, del fuero mercantil privativo y las prerrogativas, prebendas y acuerdos que todo ello implicaba.

En este contexto, el libro de Iván Escamilla busca llamar la atención sobre la necesidad de resarcir el olvido y descuido que hemos tenido para esos años fundamentales, y en su construcción pone sobre la mesa lo que a su juicio considera relevantes sucesos que permiten ponderar el trato entre la monarquía española y el Consulado de México.

Entre los muchos atributos del libro de Iván Escamilla, lo primero que quiero resaltar es su afán de revisar Nueva España durante los años del reinado de Felipe V, un tiempo entendido por el autor como los años en que ocurrieron importantes debates sobre la relación de la metrópoli con sus posesiones americanas, bajo el imperativo de la corona española de convertir desbalagados reinos, contribuyentes y dependientes sí, pero a su modo, en auténticas colonias, para lo cual se dictaron los pasos iniciales. De este modo, Iván Escamilla toma el guante in-sinuado por autores como Navarro García, García Baquero o Pietschmann, que han sugerido la urgencia de revisar el proceso reformista borbónico desde su germinación en paralelo, examinando metrópoli y colonias. Así las cosas, en el proyecto desarrollado por Iván Escamilla destaca una situación prioritaria que marcará el devenir del imperio español: las duras condiciones pactadas en Utrecht, que otorgaron el reconocimiento europeo de Felipe de Anjou como rey de España y que colocaron a la monarquía, por decir lo menos, en una situación precaria. Asimismo, asienta en el contexto novohispano la trascendente postura manifiesta por el pensamiento económico de esos años, de Jerónimo de Uztáriz a José del Campillo y Bernardo Ward, acerca de la urgente necesidad de recuperar el control colonial y las potestades administrativas cedidas en entidades económicas y corporaciones. Con este marco, Iván Escamilla se propone revisar el desempeño metropolitano y sus intentos de recuperación del dominio colonial en cotejo con la postura asumida por las élites novohispanas y lo que él llama sus voceros políticos e intelectuales. Y para este contrapunto, qué mejor representación que elegir al grupo oligárquico encarnado en la corporación del Consulado de comerciantes de México que durante la primera mitad del siglo XVIII desplegaba en Nueva España un protagonismo económico, social, político, administrativo e incluso moral en el discurrir del virreinato. De este modo, en este

libro lo que hace Iván Escamilla es jalar el arranque del proceso reformista en Nueva España a los albores de la dinastía borbónica y revisar con pulcritud exagerada el entramado de una correosa relación, por momentos de abiertos enfrentamientos, entre la corona española y el Consulado de México y que queda más que manifiesta en la rotunda expresión que da título a este libro: Los Intereses malentendidos.

Para el logro de su propuesta, Iván Escamilla realizó una cuidadosa y meticulosa investigación documental consultando diversos repositorios en México y Sevilla, entre los cuales destaco, por la importancia que el mismo autor le concede, la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Así también, llevó a cabo una revisión rigurosa de fuentes impresas y bibliografía contemporánea que le ha permitido crear un contexto histórico que desborda con mucho los límites espaciales y temporales de su investigación. Una faceta invaluable del libro es que nos acerca no solamente a la realidad de España y su Imperio, Nueva España y el Consulado, sino también al acontecer de las naciones europeas con posesiones ultramarinas, siempre al acecho de la riqueza y demanda del extendido y poblado territorio americano bajo dominio español. El resultado es un manuscrito impecable y notable distribuido en siete capítulos bien equilibrados, de los cuales destaco por la riqueza de su síntesis el primer capítulo, en el cual aborda, a modo de antecedentes, la progresión de la figura del comerciante de la ciudad de México, desde el inicial tratante hasta su constitución en comerciante mayorista dueño de almacén, así como el proceso de integración de los almaceneros en gremio mercantil y sus logros como corporación, capaz, entre otras cosas, de instruir la formación de un Regimiento de Comercio. A lo dicho hasta aquí, algo sobresaliente que debemos destacar como apoyo de primera mano en la construcción de la argumentación, poco habitual entre los historiadores de tema económico, es el recurso de las prédicas y los sermones, una

fuentes tan bien trabajadas por Iván Escamilla, que coloca en el acontecer cotidiano novohispano muchos de los sucesos que el libro expone.

Ahora bien, es difícil inscribir el libro de Iván Escamilla como un análisis de historia económica, social o política, pues resulta una conjunción de todas estas perspectivas que no deja ni un cabo suelto. En mi opinión, si este estudio se aglutina de algún modo, es entendiéndolo como un examen de un diferendo institucional en una sociedad de antiguo régimen: la monarquía y una entidad corporativa con un protagonismo económico inagotable. Valgan como ejemplos, uno, la autoridad del Consulado para decidir o no la adhesión a los préstamos de la corona. Otro, la condición asumida al ajustar la renovación del encabezamiento de alcabalas, momentos que revelan con contundencia que la monarquía española y sus administradores metropolitanos tenían ya puesta la mira en las alas de la corporación. En este sentido, la exploración más clara, propositiva, renovadora y al mismo tiempo tirada al saco roto de la monarquía, que revisa con especial cuidado Iván Escamilla en este libro, son las tentativas del Consulado de México en alianza con la Junta de Arbitrios de Real Hacienda para, entre otros puntos, solicitar la reapertura de la línea de comercio con Perú, una oportunidad perdida –como la llama el autor–, un atrevimiento para la metrópoli, tan bien encarnada por un personaje, el oidor Juan Manuel de Oliván, un afecto particular entre los escritos previos de Iván Escamilla.

A pesar de que el contenido y la exposición del libro están trazados en función de cada uno de los gobiernos virreinales de Nueva España, de Sarmiento y Valladares a Casafuerte, lo que permite seguir la coherencia de un proceso, lo cierto es que adentrarnos en su lectura nos lleva, y lo sabe bien Iván Escamilla, a sentirnos frente a bocetos en los que como en pinturas se nos revelan, paso a paso, los sucesos novohispanos de esos años y, a

la par, nos lleva a revisar las divergencias, desacuerdos, discrepancias entre la metrópoli, el virrey –no necesariamente insulso y no siempre corrupto– y el Consulado de México en asuntos clave, como: las componendas de préstamos y donativos para la corona, la renegociación de los cabezones de alcabalas en asiento, los suelos alcalalatorios del Consulado, el reglamento de flotas y galeones de 1720 y la nueva fiscalidad comercial, la feria de Xalapa con sus novedosas reglas de participación y negociación entre flotistas y comerciantes novohispanos, así como las innovaciones en el recaudo de la avería de introducción. Aparejado a todo ello, se analizan compromisos monárquicos con claras repercusiones en Nueva España, como las licencias a la Compañía de Inglaterra y los arribos de navíos de la *permission* inglesa y, por lo tanto, los percances mercantiles que acarreó a los comerciantes de México. Pero también se toma nota de otras cuestiones que involucran al Consulado, como las posibles complicidades con Andrés de Pez, el antiguo flotista, consejero en Indias en la década de 1720, y también las probables connivencias ni más ni menos que con José del Campillo y Cosío en su trasiego por Nueva España. Iván Escamilla también reconstruye elementos que permiten encauzar mejor las características de una corporación mercantil que para el siglo XVIII solamente incluía a los grandes mayoristas: relata pues el porqué y el cómo de la expulsión de los forasteros como electores del Consulado, la exclusión de los viandantes, tenderos y pulperos, los enfrentamientos por el control de la corporación que derivaron en la tan mal entendida pugna, esclarecida por Iván Escamilla, entre partidos de vascos y montañeses, y con ello, las determinaciones de una elección alterna para los cargos de prior y cónsules. Y así un largo etcétera. Finalmente a la mirada de Iván Escamilla no escapó ninguno de los hechos que mermaron la posición negociadora del Consulado de México en los primeros 40 años del siglo XVIII.

En este libro, Iván Escamilla talla un retrato institucional envidiable para la primera mitad del siglo XVIII tanto en lo que se refiere a la actuación de la monarquía como en los manejos y alternativas del Consulado. Ahora nos queda, entre otras cosas, a los historiadores del comercio y comerciantes de Nueva España, confirmar, rectificar o enmendar el cuadro que de la corporación y su gobierno nos proporciona Iván Escamilla. Es urgente y necesario cuando menos para dos aspectos: uno, la feria de Xalapa y su desarrollo. Otro, el impacto en la colonia de la *permission* inglesa y sus repercusiones. Gracias a Iván Escamilla por este libro propositivo, enriquecedor, que nos permitirá disponer de una visión más precisa del periodo. En poco tiempo, se convertirá en un compañero indispensable de los estudiosos de consulados y comercio en Nueva España.

Carmen Yuste

Universidad Nacional Autónoma de México

MATTHEW D. O'HARA, *A Flock Divided. Race, Religion, and Politics in Mexico, 1749-1857*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 2010, 315 pp. ISBN 9780822346272

Es un placer leer este libro por su lenguaje claro y creativo. Metáforas y modismos salpican el texto para ilustrar los conceptos e ideas de este estudio que revela nuevos aspectos sobre el desarrollo de la cultura política en México antes y después de la independencia.

Matthew W. O'Hara postula que fue el catolicismo virreinal, basado en el derecho canónico y civil y en las cofradías, lo que ayudó a la formación del pensamiento y de las prácticas políticas de los grupos populares. Así adiestrados, la mayoría de la

población, los indios, los mestizos y los mulatos, pudieron defenderse y negociar con las autoridades del virreinato.

El libro se divide en siete capítulos: los primeros cuatro se centran en la participación de los feligreses en la vida parroquial en la ciudad de México, los dos siguientes abarcan la vida política de los pueblos fuera de la ciudad capital, y termina con un capítulo de conclusiones.

La bibliografía del libro es muy completa y sumamente sugerente, ya que incluye obras teóricas sobre las fuentes de derecho, sobre teoría antropológica y social, referente a castas y grupos étnicos, sobre religión popular y reformas religiosas de los Borbones. Es relevante apuntar que O'Hara revisó con cuidado la literatura publicada en Latinoamérica, especialmente en México; casi 30% de las referencias están escritas en español.

En el primer capítulo el autor estudia la "geografía espiritual" de los edificios sacros, los feligreses y los cadáveres en la ciudad de México en el siglo XVIII. Se percibe cómo la ubicación geográfica de las capillas de las cofradías, de las casas de los feligreses y de los lugares de sepultura influyó en la asignación de las cuotas para la administración de los sacramentos, más que la identificación étnica de las personas involucradas.

Los capítulos II y III se centran en la secularización de las doctrinas, la legislación por la cual el gobierno español ordenó remover a las órdenes religiosas de las parroquias de indios y reemplazarlas con clérigos diocesanos. En la ciudad capital a los frailes se les retiró de las seis parroquias de indios y en 1770 el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana ordenó que estas parroquias y las tres de españoles dejaran de otorgarse a los distintos grupos étnicos y fueran abiertas a todos los feligreses. Lo que a primera vista parecía una reforma de las antiguas prácticas fue causa de numerosas disputas entre párrocos e indios. En la documentación surgida de estos pleitos, el autor examina magistralmente los conceptos operantes para la asignación y auto-

asignación de las categorías étnicas. La reorganización de las parroquias dio a los seglares, especialmente a los indios en las cofradías, la oportunidad de aumentar su control sobre las devociones religiosas y sus finanzas.

Así la secularización de las doctrinas se presenta como el intento del gobierno real y eclesiástico de reformar las prácticas religiosas indígenas, consideradas supersticiosas e inconformes con las ideas ilustradas de una devoción individual, silenciosa y espiritual. Las autoridades quisieron “des-indianizar” la religión del virreinato. Quitar a los franciscanos y a los dominicos disminuiría el uso de las lenguas indígenas, consideradas como apoyo de las devociones heterodoxas. Aunque este aspecto estaba presente, el autor escasamente menciona el motivo político de la corona, que quiso aumentar el poder de los obispos nombrados por el monarca y disminuir el de las órdenes religiosas que actuaban con cierta autonomía del gobierno eclesiástico y real. Al remover a los frailes se les dio a los preladados la oportunidad de nombrar clérigos de España en vez de criollos para las parroquias. Dos años después de la expulsión de los jesuitas y de las sublevaciones violentas de los indios en el Bajío, las lenguas indígenas fueron consideradas fuentes de oposición a la dominación española; según el arzobispo Lorenzana eran “una ascua de fuego, un fomento de discordia y una piedra de escándalo, para que se miren con aversión entre sí los vasallos de un mismo soberano”.¹ El ayuntamiento de México, en su representación de 1771, interpretó las políticas de secularización de las doctrinas y de la supresión de las lenguas indígenas como me-

¹ Francisco Antonio de LORENZANA, “Pastoral para que los indios aprendan el castellano”, 6 de octubre de 1769, en Fortino H. VERA, *Colección de documentos eclesiásticos de México. O sea, antigua y moderna legislación de la Iglesia mexicana*, Amecameca, Imprenta del Colegio Católico a cargo de Jorge Sigüenza, 1887, p. 221.

didadas políticas para favorecer a los clérigos peninsulares, y no como una manera de reformar las celebraciones de los indios.²

En el capítulo IV se examina cómo los seglares, en especial los reunidos en cofradías, sirvieron como representantes de los grupos populares. Sus dirigentes conocían la legislación canónica y civil, y se dieron cuenta del poder económico de estas organizaciones. Los sacerdotes necesitaron de las asociaciones pías porque contribuyeron a sus ingresos. Además tenían que reconocer que las cofradías eran dueñas de propiedades, sea de imágenes religiosas o de numerosas capillas. Sus dirigentes habían aprendido cómo defender los intereses de la colectividad. En varias páginas el autor describe con detalle el pleito entre un curtidor con poca educación formal y un párroco, doctor en teología, pleito ganado por el curtidor, quien probó que era el “dueño” de la estatua de la virgen de Guadalupe y, de mayor importancia, dirigente seglar de la procesión en el barrio. De esta manera O’Hara coloca a este líder como un “empresario de devoción”, nombre que el autor atribuye a los seglares que dirigen a la colectividad en celebraciones religiosas y obtienen recompensas económicas por sus esfuerzos.

En estos cuatro capítulos, los múltiples ejemplos acerca de los pleitos entre feligreses y clérigos muestran que la terminología de castas, que clasificaba a los habitantes del virreinato en diferentes grupos étnicos, era una categorización flexible y no un sistema rígido. El autor se basa en gran cantidad de documentos en los cuales los indios, los miembros de otros grupos étnicos y los clérigos (y aun el arzobispo) presentan, con pruebas, su interpretación del significado de los términos indio, negro, mulato, mestizo y español. Con esta metodología el lector puede percibir la manera en que en un mismo momento y en referencia

² Juan E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Historia de la guerra de independencia en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, vol. 1, p. 432.

a un mismo caso, los participantes en una disputa informaron de las muchas consideraciones que conformaron las categorías sociales y étnicas del virreinato. Acertadamente, O'Hara evita el uso del término "raza" y explica que la palabra utilizada en la época, "calidad", incluía una variedad de características: si la persona pagaba o no tributo, su ocupación, linaje, el lugar donde vivía, la calidad de su esposa o esposo, la pertenencia a una cofradía y la opinión de otras personas con quienes interactuaba.

También en estos primeros capítulos sobre la ciudad de México, el autor describe cómo muchas cofradías operaban con independencia del clero. La razón para esta situación es el papel que la costumbre tenía en el derecho de la época. Fue reconocida como una fuente de derecho. Según la legislación canónica, las cofradías de feligreses seculares debían fundarse con el permiso del párroco y del obispo, y según la legislación española, con el permiso del rey. Además, el sacerdote debía asistir a las reuniones de las cofradías, a las elecciones de sus dirigentes y a la revisión de sus finanzas. Si en verdad todo fuera así, las cofradías hubieran estado controladas por los sacerdotes, situación aceptada como cierta por varios autores. En la práctica, como se ve en este libro, los feligreses frecuentemente fundaron una cofradía y después recibieron la aprobación formal o tácita del párroco. Sin embargo, en especial en el manejo de sus fondos y bienes, actuaban sin el control del clero. El rebaño de las cofradías no era ignorante ni sumiso. Ejerció poder legal, social y económico.

El capítulo V transporta al lector a las poblaciones fuera de la ciudad de México. Se centra en el papel de los ayuntamientos después de la independencia en tres lugares con considerable población indígena: Naucalpan, Ixtacalco e Ixmiquilpan. Como en los capítulos anteriores, revisa pleitos de los indios con los párrocos, pero ya las disputas no están dirigidas por las cofradías sino por los indígenas de los consejos municipales. El autor muestra cómo los ayuntamientos constitucionales en áreas

rurales todavía utilizaban la retórica antigua de las tradiciones y costumbres de los pueblos de indios y de los privilegios de los indígenas bajo la legislación canónica y real, pero los combinaban en una forma híbrida con conceptos de representación y con el vocabulario de los derechos republicanos de ciudadanos.

En este capítulo el autor da una definición concisa muy acertada de los cabildos en los pueblos de indios, anotando que el nombre utilizado para los consejos municipales indígenas era “repúblicas”: “Las repúblicas indígenas [fueron] una forma de poder nativo semi-autónomo que generalmente incluía puestos civiles y religiosos”. Sin embargo, cuando escribe sobre los pueblos de indios antes de la independencia, utiliza con mucha frecuencia los términos “comunidad” o “comunidades indígenas”. Me parece que debería evitar estas voces cuando se refiere a los 4468 pueblos de indios que existieron en la Nueva España en 1800, entidades con personalidad jurídica similar a la de las 20 ciudades y 50 villas de españoles porque los consejos municipales de estos tres tipos de poblaciones fueron reconocidos legalmente por el gobierno. Hoy en día, tanto en español como en inglés, la palabra “comunidad” transmite la idea de un lugar, en general pequeño y tradicional, “un conjunto de personas que viven juntos, que tienen bienes o intereses comunes o que desarrollan una misma actividad”. La palabra “comunidades” no incluye la idea de un lugar con gobierno municipal y representación legal relevante. Ni en la legislación virreinal ni en la documentación se utiliza el término “comunidad” como sinónimo de pueblo de indios. Como ha explicado Andrés Lira, la palabra comunidad significaba el régimen económico de un pueblo de indios, sus tierras y fondos municipales, esto es sus “bienes de comunidad”.³ En

³ Andrés LIRA “La voz comunidad en la Recopilación de 1680”, en *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias. Estudios históricos-jurídicos*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1987, p. 416.

algunas ocasiones, O'Hara usa en inglés los términos "Indian pueblo" o "pueblo", los cuales me parecen más adecuados cuando se refiere a los pueblos de indios de la época virreinal, y evita llamarlos "comunidades".

Para el sexto capítulo, informa el autor sobre la política local después de la independencia, estudiando a Ixtacalco, cerca de la ciudad de México. Ahí, el párroco, en su diario escrito en 1831 y 1832, se refirió al gran número de mestizos que alegaban que eran indígenas para exigir pagos menores por los sacramentos y derecho a recibir tierras comunales cuando las repartían a las familias. Ya los litigios combinaban asuntos religiosos en las parroquias con disputas sobre la propiedad de las tierras comunales.

Matthew W. O'Hara indica que en el México independiente, con la abolición de los pueblos de indios, no fueron sólo las cofradías las que defendieron a los grupos populares, sino que en las regiones con mayoría "indígena" (palabra que se empieza a usar en la legislación después de 1824 para indicar los "antiguos indios") se formaron ayuntamientos constitucionales que participaron en la defensa de los nativos, que representaban 60% de la población total del país. Me parece que en los lugares donde los ayuntamientos constitucionales ya no incluyeron regidores indígenas, las cofradías asumieron el papel de actores políticos en defensa de las tierras.

Al terminar el libro el lector queda convencido de que estos actores políticos indígenas ejercieron sus habilidades políticas por la influencia y adiestramiento adquiridos en las cofradías. Después de la independencia, las cofradías hicieron posible el desarrollo de una cultura política híbrida, basada en la legislación y métodos políticos del virreinato combinados con los del México independiente.

A primera vista, la conclusión es clara y acertada. Pone en tela de juicio la opinión de que después de la independencia, como postula Carlos A. Forment, por la falta de grupos voluntarios

de la sociedad civil, en México y en América Latina, la mayoría de la población no tenía una cultura política adecuada para una democracia. A los indios y a los grupos populares les faltaron herramientas políticas para defenderse bajo la nueva legislación igualitaria. Si se expresa en términos que a veces el autor emplea, O'Hara está en desacuerdo con la idea de que los subalternos no tenían agencia para negociar sus demandas. El autor muestra con creces que dicha afirmación es inadecuada y parcial porque no toma en cuenta la manera en que los grupos marginados pudieron participar en la política por medio de otros conceptos y métodos basados y formulados en la cultura religiosa del virreinato.

Si nos limitamos a los primeros cuatro capítulos de este excelente libro, que trata sobre el predominio de las cofradías en la ciudad de México durante el siglo XVIII, las conclusiones son convincentes. Sin embargo, no se debe asumir que esta misma situación predominaba en el campo, en los pueblos de indios. Más bien, en contraste con el papel de estas asociaciones pías en las ciudades, en los pueblos de indios durante el siglo XVIII, el liderazgo y la habilidad política en los pueblos no se encontraban en las cofradías sino en las repúblicas, esto es en los gobiernos municipales indígenas.

Durante dos siglos y medio de la época virreinal, de 1550 a 1800, fueron las autoridades indígenas electas, y no las cofradías, las que dirigieron la participación de los indios en la política. Brian Owensby analiza esta participación política de los indios durante el siglo XVII.⁴ Además, John Chance y William Taylor⁵ destacan el predominio del gobierno civil municipal de

⁴ Brian OWENSBY, *Empire of Law and Indian Justice in Colonial Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 2008.

⁵ John K. CHANCE y William B. TAYLOR, "Cofradías y cargos: An Historical Perspective on the Mesoamerican Civil-Religious Hierarchy", en *American Ethnologist*, 1985, XII: 1, pp. 1-26; también en *Boletín del*

los indígenas sobre la cofradía hasta fines del siglo XVIII. Tanck de Estrada⁶ en el capítulo “Estrategias de los gobernantes indios” analiza cómo, a partir de 1770, los gobernantes de los pueblos nombraban las autoridades de las cofradías y les transfirieron las tierras comunales y ganado del pueblo para evitar la intromisión del gobierno virreinal en la fiscalización de sus finanzas municipales. Estas asociaciones, que se pueden considerar “cofradías de república”, funcionaron en muchos lugares como apéndices o sucursales del gobierno civil de los pueblos de indios.

Esta actuación de los gobernantes indios se debía a que el gobierno desde 1773, en los “Reglamentos de los Bienes de Comunidad” expedidos para cada pueblo, había abolido el financiamiento con fondos de las cajas de comunidad de casi todas las fiestas religiosas y había prohibido la utilización de la mitad de los fondos municipales por los indios. Este “ahorro forzado” se mandó a las cajas reales y eventualmente 60% fue enviado al rey en donativos y préstamos para financiar las guerras europeas, en vez de ser devuelto a los indios en tiempos de hambruna o epidemia. Por eso, como reportó con alarma el contador general en 1775 (y lo menciona O’Hara), los gobernantes de los pueblos estaban transfiriendo las tierras y ganado comunal a las cofradías existentes o fundando cofradías nuevas para recibir estos bienes comunales. Pero esta transferencia no implicaba la pérdida de control de estas asociacio-

Instituto Nacional de Antropología e Historia (14 mayo-jun. 1987).

⁶ Dorothy TANCK DE ESTRADA, “Estrategias de los gobernantes indios: cajas de comunidad y cofradías; el pueblo litigante”, en *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 449-530. Dorothy TANCK DE ESTRADA, “Los bienes y la organización de las cofradías en los pueblos de indios del México colonial. Debate entre el estado y la iglesia”, en María del Pilar MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO, et al. (comps.), *La iglesia y sus bienes. De la amortización a la nacionalización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 25-50.

nes pías por el gobierno civil indígena. Asunción Lavrín⁷ y Daniele Dehouve⁸ han analizado la manera en que las cofradías manejaban los bienes y fondos, pero con sus dirigentes nombrados por la república india y las actividades económicas y comerciales llevadas a cabo bajo la supervisión y control de las autoridades civiles de los pueblos. Las cofradías reportaron sus actividades a los gobernantes indios y no al sacerdote, quien solamente aparecía al final de cada año para firmar las cuentas y recibir una propina de los indios. Los obispos de Guadalajara y Oaxaca, por el testimonio de los párrocos, anotaron en sus visitas pastorales que los gobernantes indígenas de las repúblicas, y no los párrocos, ejercieron el control de las cofradías. Esta práctica política de las autoridades civiles indígenas en los pueblos fue aprendida por los mayordomos de las cofradías.

Varios estudios hacen hincapié en el poder y la práctica política de los pueblos de indios y su capacidad para participar como defensores de las colectividades. El libro de O'Hara analiza magistralmente este mismo papel ejercido por las cofradías. Ambas instituciones formaron la base para la participación política de los grupos marginados, no sólo durante la época virreinal, sino también durante el siglo XIX en el México independiente.

Dorothy Tanck de Estrada

El Colegio de México

⁷ Asunción LAVRÍN, "Rural Confraternities in the Local Economies of New Spain: The Bishopric of Oaxaca in the Context of Colonial Mexico", en Arij OUWENEEL y Simon MILLER (eds.), *The Indian Community of Colonial Mexico. Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*, Ámsterdam, CEDLA, 1990, pp. 224-250.

⁸ Daniele DEHOUE, "El pueblo de indios y el mercado: Tlapa en el siglo XVIII", en Arij OUWENEEL y Cristina MORALES PACHECO (comps.), *Empresarios, indios y estado. Perfil de la economía mexicana (siglo XVIII)*, Ámsterdam, CEDLA, 1988, pp. 80-102.

ALICIA TECUANHUEY, *La formación del consenso por la independencia. Lógica de la ruptura del Juramento. Puebla, 1810-1821*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2009, 238 pp. ISBN 9786074871357

Con motivo del bicentenario se publicaron muchos trabajos, pero pocos hicieron una verdadera aportación o reflexión original, por eso es bienvenida la obra que nos ofrece Alicia Tecuanhuey. Este libro resulta de verdad novedoso, no sólo por el análisis de la compleja sociedad poblana, que dista de ser simplemente reaccionaria, aunque en un principio sea, en su mayoría, fidelista y sus autoridades eclesiásticas y civiles intenten por todos los medios mantener el *status quo*. Los acontecimientos desde 1808 hasta 1821, con la acefalía de la corona y los dilemas de la legitimidad de las autoridades metropolitanas, el estallido de la rebelión insurgente, la revolución liberal gaditana, la restauración absolutista y la vuelta al sistema constitucional, ponen a prueba los valores y referentes políticos de los poblanos, hasta llegar al consenso de quebrantar la lealtad y arriesgar la solución independentista. Como decía don Manuel de la Bárcena, los acontecimientos generaron un cambio de alma que condujo a la independencia, toda vez que mostró que España y Nueva España tenían sensibilidades y necesidades muy distintas y no podían continuar formando un solo Estado.

La pintura de Tecuanhuey muestra cómo la fidelidad a Fernando VII no deja de albergar dudas, que seguramente son las que llevan a la transformación aun en las altas jerarquías de la Iglesia. El núcleo eclesiástico juega un papel importante en el que sobresalen los obispos poblanos, tanto Manuel Ignacio González del Campillo como Antonio Joaquín Pérez Martínez, que activamente colaboran para neutralizar la violencia.

La doctora Tecuanhuey identifica los fenómenos que emergieron de la coyuntura y nos lleva de la mano para entender sus causas y las confluencias. En vísperas del grito de Dolores,

Puebla contaba con dos hábiles líderes: el intendente Manuel de Flon, Conde de la Cadena, y el mencionado obispo Manuel Ignacio González Campillo, profundos conocedores de la provincia, quienes intentaron por todos los medios evitar los daños a la monarquía hispánica. Es interesante ver cómo hasta las jerarquías de los ayuntamientos influyen en las decisiones. La iniciativa del Ayuntamiento de México y la convocatoria del virrey Iturrigaray de una junta de apoderados de las ciudades fueron percibidas por Flon y Campillo como una amenaza, mientras el Ayuntamiento de Puebla se inclinaba por la propuesta juntista con la asunción de que sus privilegios como segunda ciudad del virreinato serían respetados. Pero la convocatoria de Iturrigaray no hizo diferencias en la convocatoria e invitó a las poblaciones poblanas menores, como Atlixco, Cholula, Huejotzingo y Tehuacán, a enviar un representante. El desliz facilitó que Flon y Campillo, enemigos de tal congreso, pudieran organizar un acto de juramento de lealtad a la dinastía, con base en la unidad religiosa, aunque con ciertas dudas sobre el absolutismo. La diversidad provincial novohispana dio lugar a reacciones contradictorias. Así, la respuesta de Puebla contrastó con la de la ambiciosa Nueva Galicia, que decidió formar una Junta Gubernativa independiente con el Ayuntamiento, el Real Acuerdo, Cabildo Eclesiástico y Audiencia para ratificar su fidelidad a Fernando VII.

Los primeros capítulos permiten ver la versatilidad y tino del obispo Campillo, quien en busca de maneras de neutralizar a la insurgencia llegó a gestionar la clemencia virreinal para los insurgentes. Su habilidad manipuladora debe haber sido la escuela en que abrevó su secretario, Francisco Pablo Vázquez, y explica la gran maestría con la que éste se movió en el Vaticano a principios de los años treinta para lograr el nombramiento de obispos propietarios para la nueva república mexicana. Campillo quedaría solo tras la muerte de Flon en la batalla de Puente de Calderón, y tendría que enfrentar la beligerancia en Puebla y

los excesos de la contrainsurgencia, no sin ampararse en la deuda histórica con la monarquía.

Las respuestas a la convocatoria de la Junta Central, en 1809, para que “los reinos de Ultramar” eligieran un representante que conduciría las instrucciones de las provincias que serían debatidas, vuelven a mostrar la diversidad regional novohispana. Zacatecas, cuyos representantes eran hombres con una sorprendente cultura política, redactó las instrucciones más atrevidas políticamente. Las instrucciones de Puebla se encargaron al canónigo de la Catedral, José Mariano Beristáin y Souza, conocido autonomista que incluso había sido detenido en 1808. Las instrucciones estuvieron listas el 30 de mayo de 1810 y buscaban la utilidad pública; o sea, se trataba de planes que pudieran traducirse en leyes que hicieran lo menos gravosas posible las rentas públicas para las provincias americanas, “demarcar los límites entre la legislación canónica y civil y trazar un sistema de educación”. Entre sus críticas al sistema administrativo, Beristáin favorecía reducir las facultades del intendente, cancelar a los subdelegados y volver a los antiguos alcaldes. También se quejaba de la falta de representación del órgano municipal por la venta de cargos, aunque Tecuanhúey hace notar que ya Reinhart Liehr había explicado que en Puebla esto no se practicaba, dado que el Ayuntamiento había comprado el derecho de hacer la elección de los regidores honorarios e interinos por un pago a la corona de 5%. Tanto el obispo como el intendente se encargaron de desprestigiar a Beristáin para que el Ayuntamiento rechazara la instrucción. El intendente lo acusó de albergar intereses egoístas para alcanzar el obispado, mientras Campillo se inquietó con su elección para la redacción de las instrucciones, pero seguramente se tranquilizó cuando resultó electo representante de Nueva España en la Junta Central Miguel de Lardizábal, en quien confiaba.

Para participar en la elección de representante ante las Cortes, lista a la muerte de Flon, la iba a enfrentar sólo el obispo y hubo

que lograr que las elecciones contravinieran la Convocatoria para elegir al miembro del cabildo catedral Antonio Joaquín Pérez, el famoso persa que participó en la restauración del absolutismo.

Mientras tanto, para 1812 la guerra entre insurgentes y contrainsurgentes se había intensificado en Puebla, lo que llevó a los defensores del *status quo* a movilizar la contrarrevolución e insistir en las prédicas sobre la unión espiritual entre españoles americanos y peninsulares, protegidos ambos por la Guadalupeana. El obispo Campillo jugó también al conciliador y promovió la clemencia real para José María Morelos e Ignacio López Rayón, quienes rechazaron el indulto. Rayón exigía que el gobierno se entregara a un Congreso Nacional autónomo con representantes de las provincias del virreinato, que “tutele los derechos de Fernando VII”; mientras Morelos insistía en seguir la lucha, pues España estaba ya perdida ante los franceses y debía evitarse caer en manos de “naciones extranjeras que codiciaban a las Américas”. Esto motivó al obispo a acusarlos de “viciosos y delincuentes”, empeñados en la violencia, sin respetar la soberanía depositada en los diputados electos a Cortes.

Campillo también intentó dar salida política a la insurgencia por medio del constitucionalismo. El obispo estaba convencido de que la monarquía podía zanjar los agravios revitalizando el antiguo principio de legitimidad de la corona, al cumplir con la misión de cristianizar al Nuevo Mundo. La diferencia de percepciones entre el obispo y los insurgentes imposibilitaba la comunicación, algo semejante a lo sucedido entre los rebeldes angloamericanos con el Parlamento inglés, 50 años antes. Morelos lograba ampliar el territorio dominado por la insurgencia al tiempo que, en la Península, las Cortes extraordinarias liquidaban el absolutismo al asumir la soberanía y dividir el poder, otorgando representación a los ciudadanos en tres niveles: ayuntamientos constitucionales, diputaciones provinciales y Cortes. En el voto base se otorgaba un voto universal para los varones

con un modo honesto de vivir. Pero cuando la Constitución de 1812 se publicó y juró en el reino, los insurgentes contaban ya con un gobierno en Oaxaca, además de que chocó con toda clase de obstáculos para ser aplicada en Nueva España, aunque esto no impidió que generara inquietudes. Su limitada aplicación y efímera vigencia obligó a una recomposición del grupo gobernante en el que se notaron tres grupos: los viejos patricios y nobles que habían representado el Ayuntamiento, los representantes de nuevos hombres de negocios que en lugar de comprar los cargos decidieron hacerse elegir, y un núcleo conformado por los abogados de la Real Audiencia y los miembros del Real Colegio de Abogados. Puebla eligió a sus diputados representantes en la Diputación Provincial de Nueva España, que no llegó a instituirse sino hasta julio de 1814, casi al tiempo de la llegada de la noticia de la restauración del absolutismo.

Con el nombramiento de Félix María Calleja como virrey en 1813, todo se centró en vencer militarmente a los insurgentes y en poner en jaque la ruta México-Puebla-Veracruz, la más importante del reino, a la cual sólo llegaron a violentar en algunos tramos. Los insurgentes habían pasado de “hermanos descarriados” a simples “enemigos”, y la obsesión de Calleja de vencerlos lo llevó a sospechar también de muchos eclesiásticos. Al final se restauró el absolutismo que tanto festejó Calleja y también los gobernantes de la ciudad de Puebla, elegidos constitucionalmente.

La tesis tradicional del gobierno político justo y legítimo cobró fuerza al suceder en la diócesis como obispo Antonio Joaquín Pérez, quien enalteció al Rey como el único capaz de regenerar a la monarquía que representaba con la vuelta “al primitivo origen”. De todas maneras, atento a su grey, a su vuelta a Puebla, Pérez procuró afianzar lealtades y reincorporar a insurgentes derrotados en la región durante 1817.

Pero la realidad se imponía. Las condiciones no mejoraban y las contribuciones extraordinarias volvieron a aplicarse en 1815-

1816. La carencia de capital líquido y el desorden de la vida llevaron a la población citadina y al cabildo catedral a negarse a sufragar los porcentajes asignados, mientras el comandante militar y el gobernador aplicaban castigos y amenazaban con fusilar insurgentes de gran reputación, entre ellos algunos descendientes de familias ilustres poblanas. Algunos religiosos también fueron arrestados e injuriados, sin pasar por los tribunales eclesiásticos. En este marco iba a tener lugar un conflicto que involucró al exsecretario del obispo, Francisco Pablo Vázquez. Las tensiones en la diócesis pobлана y la confrontación del obispo con el gobierno civil preparaban el derrumbe. El desencanto se había contagiado a los ministros de lo sagrado y al obispo.

La restauración de la Constitución de 1812 en 1820 iba a darse en un ambiente de malestar creciente. Después de más de cinco años de persecución a los liberales gaditanos era natural que las restauradas Cortes se hubieran radicalizado, lo que iba a incrementar los motivos de preocupación para la jerarquía religiosa y militar novohispana. Esta vez la vigencia de la constitución tendría gran impacto en todo el reino, y desde luego en Puebla. La publicación de hojas volantes, circulares, folletos, periódicos, traducciones y reproducciones sirvió para divulgar ideas y politizar a la población. El ejercicio de derechos constitucionales también generó aspiraciones. Muchas provincias buscaron tener su propia diputación y el Ayuntamiento de Puebla, consciente de su importancia, abanderó la campaña. Aunque el ambiente distaba de ser liberal, se discutía la inequidad en la representación peninsular y la americana que tanto ofendía.

La institucionalización de la elección de 220 ayuntamientos constitucionales parecía una cifra extraordinaria, comparada con los 8 formados entre 1813 y 1814. No obstante, si atendemos al libro de Dorothy Tanck, estas cifras pueden ser equívocas, ya que la exigencia de 1000 habitantes para establecer los ayuntamientos constitucionales hizo desaparecer cientos de municipios

de pueblos de indios que no cumplían con esa condición. En esta empresa se destacó Francisco Pablo Vázquez, maestrescuela del cabildo eclesiástico y único diputado provincial por Puebla, quien dijo estar interesado en hacer valer la constitución.

Como Puebla anhelaba contar con su diputación provincial, sin esperar la autorización de las Cortes, la instaló. Los voceros, José Mariano Marín y José María Troncoso, en realidad eran independentistas. Troncoso hablaba del obstáculo moral que significaba el juramento de obediencia para que los novohispanos rompieran con la monarquía. Al verbalizarlo públicamente, contribuyó a convertir la desobediencia en alternativa, sin que ello significara ir contra la religión. La autora concluye que con ello se rompía la antigua doctrina pactista y se abría el camino para que el Plan de Iguala de Agustín de Iturbide encontrara adeptos decididos en Puebla y se unificara la opinión por la independencia.

Los pronunciamientos del Ayuntamiento constitucional y la junta electoral, a partir de mayo de 1820, expresaron las tensiones desatadas después de diez años de desorden y crisis política. Los nuevos hombres de negocios se mostraron especialmente impacientes. El obispo Pérez Martínez, que había apoyado la vuelta al absolutismo, al igual que eclesiásticos provinciales y de la capital, buscaba formas de solución para sus viejas quejas. Un síntoma de que había avanzado la idea de ruptura fue el retraso para elegir los siete diputados a Cortes, con el pretexto de debatir quién sufragaría sus gastos de traslado y residencia. En febrero de 1821 el Ayuntamiento poblano se enteró de que las Cortes habían resuelto autorizar la diputación provincial para la provincia de Valladolid, pero no para Puebla. Esta noticia y la proclamación del Plan de Iguala decidieron a Joaquín Furlong a vender la imprenta de San Felipe Neri a los agentes de Iturbide, permitiendo la publicación del mismo y su difusión por toda la Nueva España. La avalancha de adhesiones no se hizo esperar, entre ellas la de la Comandancia de Puebla, al tiempo que

el ayuntamiento obstaculizaba el cumplimiento de las medidas defensivas de Ciriaco del Llano.

La situación se hizo insostenible. La iniciativa del obispo llevó al Ayuntamiento constitucional a formar un consejo de notables, con José María Troncoso entre sus miembros. El Ayuntamiento de Puebla pidió a Ciriaco del Llano capitular, lo cual hizo posible que la corporación jurara la independencia del Imperio Mexicano el 6 de agosto. El obispo Pérez justificó la independencia como la devolución de la libertad concedida por la naturaleza, y como su consumación. La larga lucha había derruido el respeto a la corona y socavado los cimientos de la monarquía en su más importante reino en América. Los otros no tardarían en caer y de ahí saldrían las nuevas naciones, entre ellas la propia España.

Creo que el libro no sólo ofrece muchas novedades en el proceso poblano, sino que es una buena aportación a la historia de la independencia; es un estudio bien investigado y, estructurado y como debe ser, ágilmente escrito.

Josefina Zoraida Vázquez

El Colegio de México

LILIA VIEYRA SÁNCHEZ, *La Voz de México (1870-1875). La prensa católica y la reorganización conservadora*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, 219 pp. ISBN 9789703252237

La prensa periódica se ha convertido en uno de los objetos de estudio privilegiados por los historiadores, situación que se puede corroborar en los congresos que se realizan sobre esta temática, pues tan sólo el que se celebró este año (abril de 2011), en el puerto de Veracruz, convocó a más de 100 especialistas; asimis-

mo ha sido notable el crecimiento de publicaciones, tanto artículos como libros, relativas a este tema, mismas que buscan ofrecer interpretaciones novedosas sobre el papel que juega el periodismo en la sociedad. Así, los rotativos ya no se conciben como simples fuentes de información, sino que se han transformado en objetos de estudio en sí mismos tal como se puede observar en el libro de Lilia Vieyra Sánchez, quien ofrece un interesante análisis del periódico conservador *La Voz de México* durante los años de 1870 a 1875. Es importante destacar que el trabajo de Vieyra es fruto de su tesis de maestría, realizada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la cual fue galardonada con el premio de mejor tesis de maestría por el INAH en 2004. La tesis central del texto resulta sumamente sugerente, pues la autora menciona que la intención primera del periódico, convertirse en el vocero de una agrupación confesional y sin ninguna intención política, fue desplazada por el debate acerca del papel que los conservadores debían jugar en el ámbito político nacional. Así, los periódicos se convirtieron en el medio por el que los conservadores buscaron recuperar el espacio político perdido después de la caída del Imperio. El papel que asumió la prensa como catalizadora de la lucha política era consecuencia de un sistema que carecía de verdaderos partidos, motivo por el que los grupos políticos utilizaban los periódicos para dar a conocer sus ideas y atacar las de sus enemigos. El libro reseñado se encuentra dividido en cinco capítulos.

En el primero se presenta un panorama de la situación política en la que quedaron los conservadores después de la caída del imperio de Maximiliano. Con gran precisión, la autora evidencia que no se puede hablar de los conservadores como un grupo homogéneo, sino que eran diversas facciones que tenían propuestas diferenciadas de la acción social, política y económica frente al Estado liberal. Estas facciones integrarían dos grupos: el de los conciliadores y el de los intransigentes. Los primeros acepta-

ron los postulados liberales, mientras que los segundos trataron de defender las ideas que dieron forma al partido conservador, aunque le dieron mayor preponderancia a la defensa de los principios religiosos. Resulta interesante mencionar que el primer acercamiento entre los liberales y los conservadores se produjo en el ámbito literario. Los periódicos mostraban su deseo de que se realizara la unión de los mexicanos, razón por la que era necesario que se dejaran atrás los resentimientos políticos y se pensara en el futuro del país. Tanto liberales como conservadores estaban conscientes que la reconstrucción de México sólo se lograría mediante el fomento de la educación, la industrialización, y los avances científicos y tecnológicos. Por lo anterior no debe sorprender que el 25 de diciembre de 1868 se creara la Sociedad Católica de la Nación Mexicana, organización de carácter religioso que estableció programas de educación, beneficencia y fomento de las bellas artes, aunque un análisis más detallado de sus miembros fundadores daba cuenta, según Vieyra, de que éstos buscaban recuperar espacios políticos y llevar a los conservadores a puestos de elección popular, sobre todo porque muchos de ellos habían ocupado cargos públicos durante el Imperio y contaban con proyectos políticos, económicos, industriales y culturales que deseaban poner en práctica para contribuir al desarrollo nacional. El crecimiento de la Sociedad Católica provocó una reacción de temor de la prensa liberal, la cual estaba en desacuerdo con su funcionamiento y con la proliferación de sus publicaciones que se dirigían a públicos infantiles, femeninos y a las clases desprotegidas.

En el segundo capítulo, la autora hace un interesante recuento de todos los periódicos que fueron publicados por los conservadores durante la República restaurada. Vieyra advierte que ellos no reanudaron inmediatamente su labor periodística, pero cuando tuvieron la oportunidad la utilizaron para manifestar su pensamiento político, defender sus derechos, plantear demandas,

reorganizarse y difundir su ideología. En este periodo, y siguiendo la calificación propuesta en el primer capítulo, se generaron dos tipos de prensa: la de los conciliadores que abordaba temas políticos y la de los intransigentes que se centraba en asuntos religiosos. Los primeros editaron seis periódicos que si bien es cierto tenían algunas diferencias, en general coincidían en ciertas líneas generales como la propuesta de que se promulgara una ley de amnistía para los que habían colaborado con el Imperio, el respeto a la religión católica, la necesidad de apoyar la unión y conciliación entre los mexicanos y el manifestar su apego a las figuras políticas en el poder. Quizá una de las propuestas más interesantes era la del periódico *La Unión*, que planteaba la creación de un partido que reorganizaría a los conservadores bajo los principios liberales. Los rotativos publicados por el segundo grupo también contaban con líneas generales como difundir los principios católicos, combatir a los protestantes y liberales, propugnar por la unión de la Iglesia y el Estado, fomentar la moralidad pública así como establecer proyectos educativos, literarios y culturales paralelos a los de los liberales. Vieyra indica que las élites ilustradas, tanto liberales como conservadoras, utilizaron el periodismo con dos finalidades: como un mecanismo de instrucción de la sociedad y como un medio para influir en la opinión pública. Aunque había altos niveles de analfabetismo, las élites emplearon la lectura colectiva como una forma de difundir los contenidos y representaciones prácticas de la sociabilidad popular. En el caso específico de la Sociedad Católica, los socios tenían la obligación de leer sus publicaciones en las clases nocturnas que impartían y en las doctrinas dominicales.

En el tercer capítulo, la autora realiza un minucioso análisis de *La Voz de México*, periódico que sucedería a *El Pueblo* y cuya fecha de fundación fue el 17 de abril de 1870. La aparición de este diario evidenciaba que la Sociedad Católica había cambiado su postura de mantenerse alejada de las cuestiones políticas

y se alineaba al proyecto de los conciliadores, quienes, como se recordará, editaban diarios en los que se buscaba reorganizar y darle una dirección definida a su partido. La autora sugiere, con bastante certeza, que el cambio de nombre del periódico mostraba que los conservadores lo concebían como un instrumento para difundir sus ideas, mismas que estaban en contra de la secularización de la vida política, además de que se buscaba el establecimiento de los principios morales del catolicismo, motivo por el que estaban en contra del alcoholismo, los suicidios y los duelos. Aunque en un principio no tenían el objetivo de emitir críticas sobre la situación del país, sus opiniones llevaban implícito un desacuerdo sobre la administración liberal. Así, el diario se convirtió en un censor de los abusos del presidente, cuestionaron la tolerancia de cultos y el sistema electoral, pues, en este último punto, indicaban que no expresaba la verdadera situación política del país. Ellos pugnaban por crear las condiciones necesarias para que la paz imperara y con ello crear un clima de seguridad que permitiera el cumplimiento de las leyes y el respeto de la autoridad. Los escritores del diario formaban parte de la Sociedad Católica y poseían una amplia cultura científica y literaria, pero no recibían ningún pago por sus contribuciones debido a que se mantenían de sus propios ingresos. Resulta interesante destacar que en el seno del periódico se formaron dos grupos con distintos matices ideológicos: los que defendían la existencia del partido conservador y los que deseaban integrar las propuestas del conservadurismo al liberalismo.

En el cuarto capítulo, Vieyra presenta el debate periodístico que generó la aparición de *La Voz de México* entre los mismos conservadores y los liberales. Mientras que los primeros trataron de restarle importancia como vocero de la Sociedad Católica, los segundos lo atacaron porque lo consideraban un enemigo importante, ya que creían que representaba a una asociación numerosa de conservadores. Aunque diversos rotativos liberales polemiz-

zaron con *La Voz*, su principal contendiente sería *El Libre Pensador*, órgano de difusión de la Sociedad de Libres Pensadores de México, quien no sólo difundió una serie de imágenes negativas del grupo sino que también solicitó que no se les otorgara la amnistía ni se les devolvieran sus garantías individuales, pues se corría el riesgo de que se volvieran oposición, juicio que también fue emitido por *La Orquesta*, que consideraba que la publicación del periódico demostraba que la Sociedad Católica quería constituirse en un club político. En el caso de los conservadores, *La Unión* y *La Revista Universal* consideraban que *La Voz* no buscaba la unión entre grupos, además de que no respetaba el mutismo que había respecto a las cuestiones partidistas. Tras la aprobación de la ley de amnistía, en octubre de 1870, *La Voz* planteó que los conservadores ya no se podían considerar traidores, por lo que podían participar en política. Ante tal postura, la prensa liberal manifestó que el periódico conservador era un “enemigo político” que buscaba lanzar candidatos para contender en las elecciones presidenciales, razonamiento que no estaba alejado de la realidad pues el rotativo expresó su apoyo a Sebastián Lerdo. En 1873 se volvería a ocupar de cuestiones políticas, pues favoreció la candidatura de José de Jesús Cuevas, quien resultaría electo diputado, cargo al que renunció por no jurar la Constitución. En 1875 y ante la proximidad de las elecciones, *La Voz* fue utilizada para dar a conocer las propuestas de los conservadores, acción que los liberales calificaron como una declaración de guerra y que, asimismo, provocaría la ruptura de la Sociedad Católica y el periódico, situación que afectaría a la primera, que desapareció como agrupación, en tanto que el segundo lograría sobrevivir hasta los primeros años del siglo xx.

El trabajo de Lilia Vieyra es notable por varias razones: la primera es la manera en que logra mostrar que un periódico es un objeto de estudio en sí mismo, la segunda es el amplio conocimiento que tiene de la hemerografía de la época, la tercera es su

capacidad analítica para entender los discursos que subyacen en el texto y la cuarta es el hecho de que muestra que los conservadores, tal y como lo afirman otros especialistas en la materia, lograron seguir presentes en la esfera política y que, como bien lo indica la autora, evidencia que ellos no murieron con Maximiliano sino que cambiaron las balas por palabras, mismas que no matan pero sí causan mucho daño cuando se utilizan correctamente. No cabe duda de que el texto de Lilia Vieyra se convertirá en un referente obligado para todos los estudiosos del periodismo y del papel de los conservadores en las últimas décadas del siglo XIX.

Rogelio Jiménez Marce

Universidad Iberoamericana-Puebla

MANUEL PLANA, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, México, El Colegio de México, Gobierno del Estado de Coahuila, Universidad de Alcalá de Henares, 2011, 384 pp. ISBN 9786074622430

Hace ya tres lustros, el gobierno de Coahuila convocó a historiadores de la Revolución a un coloquio para explorar los “Avances Historiográficos en el Estudio de Venustiano Carranza”. Producto de aquel encuentro fue un pequeño libro en el que colaboraron Romana Falcón, Javier Villarreal Lozano, Bertha Ulloa, Josefina Moguel, Javier Garciadiego, Manuel Plana y Valentina Torres haciendo una breve relatoría.¹ En ese libro –víctima por desgracia de la mala circulación de este tipo de materiales en

¹ *Avances Historiográficos en el Estudio de Venustiano Carranza*, Saltillo, Fondo Editorial Coahuilense, 1996.

nuestro país— se identificaron algunos de los temas más importantes que estaban pendientes para el estudio, más que de Venustiano Carranza, de la Revolución en Coahuila: los orígenes y las causas regionales del movimiento (Falcón), la importancia de la biografía y la experiencia regional de Venustiano Carranza para el proceso (Villarreal Lozano), la centralidad de La Laguna en el desarrollo de la Revolución constitucionalista (Plana), la ocupación de Veracruz y las relaciones exteriores del gobierno itinerante de Venustiano Carranza (Ulloa), la importancia de la participación de las mujeres en la revolución constitucionalista (Moguel) y el estudio de la prensa, tanto como una fuente primaria como un tema en sí mismo dentro de lo que fue la Revolución (Garcíadiego).

Desde entonces —y especialmente después del Centenario de la Revolución—, se ha avanzado mucho tanto en el estudio de la Revolución en Coahuila como en el de su máximo líder, Venustiano Carranza. Ahora, El Colegio de México, en asociación con el Centro Cultural Vito Alessio Robles de Saltillo y la Universidad de Alcalá de Henares, publica la última obra de Manuel Plana, que desde aquel coloquio en Saltillo y hasta hoy ha seguido contribuyendo a la creciente historiografía sobre la Revolución en Coahuila. *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila* es una continuación de sus estudios sobre La Laguna y el fruto de más de dos décadas de reflexión sobre el proceso de desarrollo, tanto económico como político, social, e internacional —e incluso, en algunos pasajes, militar—, que llevó a esa región semidesértica a ser el huracán que se convirtió en lo que hoy llamamos revolución mexicana.

Venustiano Carranza (1911-1914) está basado en una amplísima investigación de fuentes originales, tanto impresas como resguardadas en archivos —en México, Estados Unidos y Europa, públicos y privados—, en fuentes hemerográficas y en una ex-

tensa bibliografía de fuentes secundarias. La introducción, que es espléndida, refleja el trabajo y la reflexión de muchos años, y condensa los argumentos que, a través del libro, desarrolla el autor. Para Plana, a pesar de lo extenso de la historiografía, era necesario “presentar una lectura crítica de los factores que desencadenaron el estallido de la Revolución en Coahuila y de su compleja evolución hasta la caída de Huerta” (p. 18), pues, entre otras cosas, “la lectura hecha por los estudiosos de la historia coahuilense para explicar la vida política del último decenio del Porfiriato en términos de la influencia ejercida por los grupos de poder local [...] parece poco persuasiva” (p. 21). En realidad, dice Plana, Coahuila presentó “una desestabilización de la clase política local porfirista más profunda que en otros estados del norte” (p. 22), lo que sumado a que no se presentaron de manera generalizada serios conflictos por la tierra (p. 23), puede explicar la naturaleza casi exclusivamente política de las causas originales de la revolución coahuilense. Posteriormente, es verdad, la centralidad de La Laguna no se puede obviar, lo que ya había demostrado contundentemente el autor desde la aparición de *El reino del algodón en México* en 1996.² “A partir de 1910-1911, no se puede prescindir de [La Laguna] en la lectura de los fenómenos sociales y políticos de la región”, dice Plana (p. 23).

Otro de los argumentos centrales del libro es que, a pesar de que Madero y Carranza llegaron a ejercer un liderazgo político nacional, lo hicieron sin “desplegar un peso decisivo como jefes revolucionarios de los grupos combatientes en Coahuila”, pues ambos “consiguieron dar vida, de manera independiente respecto al apoyo local, a movimientos en el plano nacional alrededor de un código de ideas relativas a la organización del sistema po-

² Manuel PLANA, *El reino del algodón en México. La estructura agraria de La Laguna (1855-1910)*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1996.

lítico y del Estado” (p. 25), pero sin lograr nunca el control de La Laguna. De hecho, el ascenso de Pancho Villa como jefe revolucionario se puede explicar, en parte, por su control sobre la región lagunera, de donde obtuvo los recursos y los hombres necesarios para formar un ejército que, posteriormente, controlaría parte de los estados de Coahuila y Durango y la totalidad del territorio de Chihuahua. Por eso, sólo mediante la reconstrucción de los acontecimientos en Coahuila, dice Plana, podemos “comprender la aspereza de la guerra civil contra Huerta en esta parte del norte, así como sus complejas implicaciones sociales y políticas a nivel general, y profundizar en la actuación de Carranza en aquella difícil coyuntura” (p. 28).

Venustiano Carranza (1911-1914) está dividido en dos partes. La primera, que abarca ocho capítulos, se concentra en analizar las causas del progreso económico, los cambios políticos y sociales que explican el inicio de la revolución en 1910, y lo que tuvo que enfrentar Carranza como gobernador maderista de Coahuila. Es decir, como lo habían propuesto Romana Falcón, Javier Villarreal y él mismo hace 15 años, Plana, en este nuevo libro, desmenuza los procesos económicos, políticos y sociales que desembocaron en la revolución constitucionalista de febrero de 1913, con la que Carranza enfrentó la crisis nacional provocada por la Decena Trágica y el asesinato de Madero. Y en la segunda parte, también compuesta por ocho capítulos, el autor valora tanto la influencia que tuvo Estados Unidos en el desarrollo de la Revolución como el proceso por el que la revolución constitucionalista llegó a una crisis, a un callejón sin salida, que sólo pudo dar paso a la guerra civil.

“La modernización de la industria fabril, el surgimiento de la economía algodonera de La Laguna, la construcción de la red ferrocarrilera para la conexión con la de Estados Unidos y el descubrimiento del mineral plúmbeo-argentífero de Sierra Mojada y de las reservas carboníferas en la cuenca de Sabinas y Río

Escondido, determinaron las pautas de las transformaciones de la estructura productiva coahuilense a lo largo del Porfiriato”, argumenta Plana (p. 57), y como “Coahuila no presentaba, a finales del Porfiriato, señales de una crisis económica que propiciara un estallido social sin el concurso de otras causas políticas” (p. 81), la revolución política de Coahuila se puede diferenciar perfectamente de la social en Chihuahua, Morelos u otros estados. De hecho, en términos de esa revolución política, las manifestaciones de disidencia en Coahuila iniciaron mucho tiempo antes de 1910, y los brotes de protesta social siempre estuvieron ligados a la política local (p. 96). Reyistas y maderistas—los dos principales grupos opositores en Coahuila a la política de los científicos— “pertenecían a la misma generación y formaban parte de las mismas clases medias con la diferencia de que [los maderistas] no tenían cargos públicos en la administración o no habían completado estudios en la capital de la república” (p. 112). Carranza, que según Plana era la “expresión de los rancheros de la región centro-occidental del estado”, no pertenecía a la élite económica porfiriana, pero pudo estructurar un movimiento político renovador en 1909 que, aunque estaba dividido en sus propósitos, desató una reacción conservadora que hizo dudar a Porfirio Díaz en cuanto a quién debería tener el apoyo político del centro. Fue precisamente esa duda del presidente la que “abrió una crisis que desorientó a los políticos coahuilenses ahondando sus diferencias” y que, a la larga, fue la gota que derramó el vaso y dio inicio a la revolución política coahuilense.

Quizá por todo ello, la insurrección maderista en Coahuila fue muy dispersa geográficamente y heterogénea en su composición social, dio lugar sólo a acciones aisladas y no logró nunca un amplio respaldo popular (pp. 130-132). Esto, a su vez, tuvo consecuencias que también distinguieron a este estado norteño del resto de la República durante el periodo maderista, pues “determinó una distinción neta entre las reivindicaciones obre-

ras, dirigidas a los nuevos gobernantes, y los movimientos rurales que habían adquirido [sólo cierta] capacidad de acción” (pp. 140-141), al mismo tiempo que “las elecciones estatales de septiembre de 1911 crearon un cuadro estable a nivel institucional, hecho que no fue la norma en aquellas circunstancias” para el resto del país (p. 145). Toda la historia previa al éxito de la revolución maderista, de acuerdo a Plana, determinó el desarrollo del gobierno de Carranza en Coahuila, pues mientras tuvo que “enfrentarse a las reivindicaciones de los trabajadores y de los mineros [en] la política agraria no fue más allá de la presentación de la ley del catastro” (p. 145).

Plana documenta ampliamente, basándose en una extensa revisión de los archivos, que la cuestión agraria en Coahuila no había representado durante el porfiriato una fuente de serios conflictos por la tierra y que, después de 1910, el movimiento rural que estalló en La Laguna respondió a una lógica interna muy particular ligada a la realidad agraria de la región lagunera (p. 167). “Los maderistas locales, por una parte, y el gobernador Carranza, por otra, atribuyeron un carácter político a este movimiento popular, sin interrogarse sobre sus posibles implicaciones sociales, y lo combatieron desde el principio con la movilización de las fuerzas auxiliares” (p. 170), lo que dio vida al orozquismo primero y, después, al villismo.

Ya en la segunda parte del libro, que es la más novedosa, Plana analiza la revolución constitucionalista desde varios ángulos: el financiero, el de la organización militar, el de la intervención de Estados Unidos, el de la coalición entre las distintas facciones que se aliaron para la lucha contra Huerta, y el de la crisis que llevó a la guerra civil en 1915. Entre los principales argumentos de esta segunda parte está que la revolución constitucionalista preservó muchas de las características de la movilización en su etapa maderista: desde el principio, tuvo mucha mayor dispersión que en otros estados del norte en donde la Revolución tuvo

un carácter más popular (p. 199), aunque también es verdad que, además de los rancheros de varias localidades, grupos mineros se unieron a los constitucionalistas dispuestos a recibir instrucción militar (p. 210). Esta dispersión, sumada a que la estructura productiva de Coahuila estaba orientada al mercado interno –lo que le impidió a Carranza hacerse de recursos del exterior para financiarse–, determinó la derrota constitucionalista en Coahuila y la decisión del primer jefe de iniciar su viaje hacia Sonora, durante el cual mantuvo conversaciones con líderes populares como Manuel Chao y Maclovio Herrera y con el gobernador constitucionalista de Durango, Pastor Rouaix, quienes ayudaron a que Carranza tuviera una visión distinta de los problemas por los que se había iniciado la Revolución en 1910. Fue sólo a partir de ese momento que Carranza cambió su visión política un tanto estrecha por una visión mucho más amplia de los problemas de México que incluía ya, por ejemplo, la cuestión agraria. Pastor Rouaix había llevado a cabo, desde julio de 1913, una importante labor política para afrontar los numerosos problemas económicos y sociales de la región, y conocía bien la situación agraria local y sus consecuencias para las clases rurales (p. 242). Para nadie es un secreto que, posteriormente, Rouaix sería un operador político preponderante en las negociaciones dentro del Congreso Constituyente de 1916-1917.

Otro argumento desarrollado en la segunda parte del libro es que, a partir de abril de 1914, dos acontecimientos modificaron radicalmente la situación en México: el primero fue la toma de Torreón, y el segundo la ocupación estadounidense de Veracruz. Por una parte, la ocupación obligó a los constitucionalistas a interrogarse sobre las consecuencias políticas de las decisiones del presidente Wilson, al mismo tiempo que tuvo repercusiones inmediatas en las plazas fuertes huertistas del noreste, lo que determinó a su vez la progresiva retirada de estas regiones del ejército federal. La toma de Torreón tuvo efectos inevitables

en términos del conflicto político que se abrió entre Villa y Carranza: mientras algunos líderes constitucionalistas pensaban que sólo el Primer Jefe podría resolver el problema de las reformas sociales, otros desconfiaban de su liderazgo y estaban seguros de que sus promesas de reforma estaban llenas de aire caliente, lo que provocó que en La Laguna –igual que en otras regiones del país, como Morelos– se iniciara una “reforma agraria empírica” que reflejaba más las aspiraciones y la mentalidad de los pequeños arrendatarios y trabajadores rurales (p. 282) que un verdadero proyecto de Estado o de Nación.

Además de las diferencias por cuándo y cómo debían hacerse las reformas sociales –si antes o después del regreso al orden constitucional una vez que había caído Huerta– se multiplicaron los problemas en los estados del norte “ante las exigencias de la vida cotidiana y de las actividades comerciales y a causa de los desajustes de la circulación monetaria” (pp. 290-291), lo que provocó que otros problemas reales, como la escasez de moneda, tomaran un cariz político. A fin de cuentas, dice Plana, “el control de la ‘moneda’ revolucionaria entró a formar parte de la crisis más general entre Villa y Carranza a la vigilia del ataque a Zacatecas y tuvo varias implicaciones en ese momento, pues este problema salió a la luz durante las conferencias de Torreón en el mes de julio [de 1914]” (p. 304). Por eso “[...] la naturaleza puramente política del rechazo deliberado del embarque [de carbón] a favor de Villa a la vigilia de la batalla de Zacatecas, subrayada por la historiografía, tiene que ser matizada a pesar del comportamiento de los protagonistas” (p. 314).

Así, el regreso al orden constitucional resultó mucho más complejo de lo que Carranza había imaginado. “La división del frente revolucionario dejó paso a la guerra civil, en el curso de la cual se presentaron con mayor fuerza las cuestiones relativas a la reforma agraria y a la naturaleza de las instituciones políticas que para Carranza representaban el reforzamiento del Estado”, pues

“la lucha revolucionaria había transformado a los combatientes en dirigentes sociales y políticos que habían adoptado de manera autónoma medidas para limitar los derechos individuales sobre la propiedad a favor de la colectividad a través de decretos, actos de fuerza y la intervención de bienes fuera del marco jurídico” (pp. 343-344). Carranza y sus colaboradores, concluye Plana, arribaron a un callejón sin salida, pues convocar a elecciones e instalar un nuevo Congreso habría requerido tiempo, demorando así algunas reformas indispensables; pero hacer las reformas sin cumplir al pie de la letra lo que originalmente había establecido el Plan de Guadalupe podría restarles legitimidad, provocando también la confrontación. En pocas palabras, y haciendo un análisis muy serio y bien documentado del proceso que llevó a la Revolución al fracaso de la Convención de Aguascalientes, Manuel Plana concluye que la guerra civil fue inevitable.

Venustiano Carranza (1911-1914) es, en un sentido, mucho más que *El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, pues no sólo analiza el proceso revolucionario en Coahuila, sino también en Chihuahua y en Sonora; es un libro que teje la historia política con la social, la económica, la militar y la internacional, y que corrobora muchas de las conclusiones a las que algunos otros historiadores ya apuntaban haciendo aportaciones propias.³ Pero también es, en otro sentido, mucho menos, pues no analiza cabalmente el ascenso de Carranza como dirigente político, y deja sin contestar muchas preguntas sobre cómo y por qué un senador porfirista, ligado

³ Véanse, por ejemplo, Pedro SALMERÓN, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noroeste*, México, Planeta, 2010; Javier VILLARREAL LOZANO, *Venustiano Carranza. La experiencia regional*, Saltillo, Instituto Coahuilense de Cultura, 2007 y Suzanne PASZTOR, *The Spirit of Hidalgo. The Mexican Revolution in Coahuila*, University of Calgary, Michigan State University, 2002, por mencionar a tres de ellos.

al movimiento reyista hasta 1909, que nunca tuvo intención de iniciar una revolución social, se pudo convertir en el líder indiscutible de la Revolución en su etapa más radical.

Luis Felipe Barrón

Centro de Investigación y Docencia Económicas

RENATO GONZÁLEZ MELLO y DEBORAH DOROTINSKY ALPERSTEIN (coords.), *Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía, e imágenes en México, 1920-1950*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, 168 pp. ISBN 978-607-02-1590-2

En las últimas dos décadas, los historiadores de la educación han pretendido ir más allá del análisis de programas y discursos para adentrarse en la vida en el aula y en el papel protagónico que en la empresa educativa desempeñaron maestros, alumnos y padres de familia, hasta hace muy poco considerados por la historiografía como receptores inertes de las acciones oficiales. Se han interesado en conocer los obstáculos y resistencias al quehacer cotidiano de los maestros, los tropiezos y dificultades de los alumnos para adaptarse a un ambiente extraño y asimilar enseñanzas cuya utilidad no siempre comprendían o que entraban en conflicto con las creencias y preceptos de sus mayores y de su entorno familiar. Los estudiosos del tema han abandonado la perspectiva centralista, se han enfocado en regiones y pequeñas comunidades, y se han aventurado en el complicado entramado de conflictos locales. En su afán por trascender los lineamientos oficiales para desentrañar prácticas y recepciones, han ido más allá de las fuentes gubernamentales y han tratado de interpretar textos y materiales didácticos, festivos, campa-

ñas, obras de teatro, todo lo que sirvió para alfabetizar, formar y “civilizar”. En la búsqueda de nuevos caminos han hurgado en memorias y archivos, han ideado nuevas metodologías o las han adoptado de otras disciplinas, han vuelto la mirada a la historia oral y han revalorado el significado de la imagen, de ilustraciones de libros y publicaciones periódicas, de pinturas murales y de fotografías. Con nuevas fuentes e interrogantes han derribado mitos, destruido estereotipos y falsos héroes y han exaltado nuevos protagonistas.

Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía e imágenes en México (1920-1950) es el resultado del esfuerzo de un grupo pionero, del que ya hemos visto ricos frutos anteriores en tesis de grado de alta calidad. Además de tener el mérito de difundir ensayos de autores no consagrados, pero no por ello menos autorizados o conocedores del tema, la obra enriquece la historiografía al insistir en el valor de un sendero original y fecundo: el discurso visual, cauce apenas insinuado en algunas investigaciones recientes. (La SEP comenzó a explorar esta veta con dos obras: *La pintura mural en los centros de educación de México* y *Los educadores de México en el arte y en la historia*,¹ que no son de fácil acceso al público).

El presente libro nos muestra que la cultura de lo visual es una innovadora y rica forma de percepción del mundo, que las imágenes reflejan formas de vida, ser y pensar, describen situaciones comunes, representan escenas del mundo cotidiano y también fantasías y mundos imaginarios o ideales. Los coordinadores de la obra y maestros de los autores, Deborah Dorotinsky y Renato González Mello, advierten: “Nuestras fuentes no iban a ser los discursos de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet o los presi-

¹ Véanse *La pintura mural en los centros de educación de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 2003 y *Educadores de México en el arte y en la historia*, México, Secretaría de Educación Pública, 2005.

dentes de México, muy estudiados ya o repetidos una y otra vez por los historiadores, sino una variedad de documentos y textos ilustrados para comprender la construcción de la visualidad a partir de la enseñanza elemental”. Así, las herramientas visuales son utilizadas por los autores de los textos para comprender el quehacer de los maestros y alumnos dentro del aula. El análisis de las imágenes les proporcionó “naciones sobre la higiene, los consensos científicos, los modelos de los salones de clase, los proyectos arquitectónicos, y las decoraciones de murales”.²

Los cuatro ensayos que integran la obra *Encauzar la mirada* coinciden en sus temáticas con los aspectos más sobresalientes de la política cultural del Estado posrevolucionario en estos años. En su afán por moldear un hombre nuevo que permitiera la construcción de una nación unificada y moderna, los dirigentes de los años veinte y treinta del siglo xx promovieron la educación, la salud y la higiene, difundieron códigos morales, combatieron prácticas retardatarias y fanatismos y pusieron el acento en incrementar la productividad de los trabajadores del campo y la ciudad. Los coordinadores de la obra señalan con asombro el entusiasmo de las autoridades educativas por propuestas universalmente repudiadas hoy en día, como el mejoramiento de la raza, por su asociación con el terror totalitario.

Los trabajos enlazan la mirada propia de cada uno de los autores con el contexto de las imágenes que analizan. El resultado es un libro original y bellamente ilustrado y editado. Nos recuerda que estas imágenes llevan su propio discurso que se modifica con las percepciones de los receptores y de quienes buscan desentrañarlos. Los ensayos llaman la atención sobre esta cultura visual que se desplegó profusamente desde la creación de la Secretaría de Educación Pública en 1921 por medio del impulso

² Renato GONZÁLEZ MELLO y Deborah DOROTINSKY, *Encauzar la mirada*, p. 10.

que dio Vasconcelos a la pintura mural, y que posteriormente enriquecieron los artistas, convertidos en maestros misioneros, al decorar muros de escuelas, teatros al aire libre, de guiñol y títeres, o al ilustrar carteles, folletos, cartillas, libros de texto. Un estudioso del tema señala: “En las misiones culturales la ausencia de letras obliga al cartel, al periódico mural, a la caricatura, el libro de lectura se ve obligado a incorporar una ilustración de trazos firmes muy cercana al ojo popular”.³ La SEP utilizó la imagen como apoyo en su tarea civilizadora. Numerosos artistas, transformados en educadores, promotores del cambio social, dirigentes, propagandistas y decoradores, actuaron como enlace entre el Estado y el pueblo y, sin embargo, modificaron el proyecto oficial de acuerdo con sus ideales. Además de las obras de Diego Rivera, cuyo trabajo como ilustrador de libros es bien conocido (el mejor ejemplo es quizás *Fermín*, el entrañable texto de lectura para niños del campo), hay que destacar, entre otras, las portadas de la revista periódica *El Sembrador*, editada por la SEP en 1929 y de *El maestro rural*, que se publicó entre 1932 y 1940, ilustradas con las maderas de Ezequiel Negrete, Francisco Díaz de León, Leopoldo Méndez y el mismo Rivera, o los dibujos de Roberto Montenegro, imágenes que hablan por sí mismas y que traducen al lenguaje visual los mensajes civilizadores del gobierno. El resurgimiento del muralismo en los años del secretario Narciso Bassols (1931-1934) y la labor de Juan O’Gorman al frente del Departamento de Construcción de Escuelas, junto con la de Pablo O’Higgins, Alfredo Zalce, Julio Castellanos, Máximo Pacheco, entre otros, es un filón riquísimo que los estudiantes de Dorotinsky y González Mello han explorado y del que la presente obra es una excelente muestra.

Tres de los artículos de la obra tienen bases afines: un ma-

³ Mario MORALES MORA, *Misiones culturales. Los años utópicos, 1920-1938*, México, Conaculta, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1999, p. 80.

nual de juegos infantiles sirve a Daniel Vargas Parra en “Fisiología lúdica de la higiene” para analizar la importancia del juego y adentrarse en las prácticas de higiene y en las tendencias eugenésicas de las autoridades educativas. Natalia de la Rosa, en “Arquitectura y pintura mural en la escuela Domingo Faustino Sarmiento” incursiona en un tema poco conocido: la arquitectura al servicio de la higiene y la salud, y resalta el carácter pedagógico de los murales que adornan la escuela, tema también del cuarto ensayo: de Ariadna Patiño, “Juegos infantiles, el símbolo lúdico en los murales de Julio Castellanos”. Ambas autoras tienen un motivo paralelo en su trabajo: preservar el mensaje y el valor de los murales. En otro artículo del libro, “En busca de un libro de texto: el caso de *Simiente*”, Claudia Garay Molina examina, por medio de las imágenes del texto, las representaciones del ideal del campesino y del mundo rural de la época.

Para Vargas, autor del primer capítulo, el uso de la teoría del juego es un disfraz para la profilaxis del instinto sexual. El libro *Los juegos infantiles*, del jalisciense Ramón García Ruiz, con prólogo del doctor Alfonso Pruneda, remite según él a las ideas médicas de la época y muestra que las fronteras entre las preocupaciones por la higiene y por la eugenesia eran difusas. Es pertinente recordar que desde el porfiriato la promoción de la salud no estuvo exenta de visos de eugenesia. Justo Sierra, como muchos de sus contemporáneos, objetaba que los alcohólicos contrajeran matrimonio pues transmitirían a sus hijos taras fatales. Pruneda desde la Universidad Popular (creada en 1913), de la que fuera rector, difundió las primeras conferencias de higiene sexual en México. En el *Almanaque* de la misma Universidad, publicado en 1919, usó ilustraciones como herramientas didácticas para advertir a los adultos analfabetas sobre el peligro de las enfermedades venéreas y el alcoholismo:

Los efectos del alcohol físicos y morales son terribles [...] se hacen sentir en la descendencia en el hijo engendrado durante la intoxicación. Los descendientes de un alcohólico llevan consigo como maldición divina la terrible herencia del vicio: presentan con frecuencia señales evidentes de degeneración: son idiotas, criminales, locos y no es nada raro que beban también como su padres o su abuelo, pero afortunadamente para el porvenir de la raza, las generaciones de alcohólicos se extinguen pronto, porque si no fuera así, pulularían los inútiles, los viciosos y los perversos, con prejuicio de los elementos sanos de las colectividades.⁴

Sin embargo, el interés de varios funcionarios del régimen de Calles por la eugenesia apenas fue más allá de “experimentos” como los de la Casa del Estudiante Indígena en la que se realizaron a los internos mediciones antropomórficas para conocer la pureza de su raza; se hizo patente en la Ley Prematrimonial de 1926 y en numerosas campañas a favor de la higiene y la salud, contra el alcoholismo y antivenéreas, respaldadas por una profusa propaganda visual.

Según la percepción de Vargas: “El texto de García Ruiz constituye, más que un manual de juegos, la prueba que el proyecto de educación sexual pretendido por Bassols rebasó el periodo en que éste dirigió la SEP e incluso es la evidencia de que más allá del Maximato se imprimió a la educación socialista un sesgo ortopedista alentado por un médico veterano formado en la ideología eugenésica de los años veinte”.⁵

En “Mirada dirigida y control del cuerpo”, la autora resalta la importancia de un proyecto arquitectónico poco conocido

⁴ Alfonso PRUNEDA, “El alcoholismo”, en *Primer Almanaque de la Universidad Popular Mexicana*, México, Imprenta Victoria, 1919, pp. 36-38. Citado en Sandra Solano, “El primer (y único) Almanaque de la Universidad Popular” (manuscrito).

⁵ Daniel VARGAS PARRA, “Fisiología lúdica de la higiene”, en *Encauzar la mirada*, p. 69.

del gobierno callista, las Escuelas al Aire Libre, singulares construcciones con dos o tres muros que dejaban a la vista el trabajo escolar. La forma de construir los planteles era un discurso en sí mismo: someter la escuela al control de la comunidad y estrechar los vínculos entre ellas, servir de ejemplo y promover y salvaguardar la salud del alumno. Esta última preocupación afloró desde el Congreso Higiénico Pedagógico de 1882 y se materializó en instituciones como la Inspección de Higiene Escolar de 1908. Pedagogos y educadores como Gregorio Torres Quintero, Vasconcelos, Rafael Ramírez y Moisés Sáenz subrayaron reiteradamente la importancia de los espacios abiertos, los deportes y los juegos en el desarrollo armónico de los educandos. A estas escuelas las precedieron siete centros escolares, situados en barrios populares, cuyo propósito era convertirse en el núcleo de la vida del vecindario. El Centro Belisario Domínguez, por ejemplo, contaba con gimnasio, tanque de natación, estadio escolar y amplios corredores decorados por Carlos Mérida.

En las Escuelas al Aire Libre, orgullo del régimen, se derribaron muros en sentido real y figurado. Su bajo costo permitía multiplicarlas y evitar a los niños los riesgos, peligros y fatigas de trasladarse a escuelas lejanas. Las seis escuelas llegaron a albergar a más de 5 000 alumnos, la Domingo Faustino Sarmiento, objeto del estudio de Natalia, en la zona del Parque Balbuena, hoy sede del edificio de la delegación Venustiano Carranza, tenía cabida para 900. Las autoridades confiaban en que las escuelas despertarían en los padres deseos de una mejor vida y contribuirían a modificar las barriadas peligrosas. La autora analiza la conexión entre la arquitectura escolar y los murales de Máximo Pacheco, la conjunción entre la construcción escolar que permitía ver hacia fuera, y los murales y frescos que mostraban o representaban la actividad interior. Por causas diversas las instituciones tuvieron una vida efímera, los muros volvieron a levantarse.

La mirada particular de Ariadna Patiño al tríptico mural de Julio Castellanos *Juegos infantiles*, en la Escuela Primaria Héroes de Churubusco (la única obra de este género que se conserva), distinta, sin duda a la recepción que tuvo en su época, pretende descifrar las intenciones del artista e interpretar sus mensajes. La autora destaca el papel pedagógico de los murales y su función como “ejes comunicativos” entre la escuela y la comunidad. A su modo de ver, Castellanos reivindica en su ensayo el derecho del niño al juego y la libertad, a la salud y a la higiene. Su obra, que fue comparada con la de Orozco, tuvo una preocupación fundamentalmente estética y sin embargo, según la percepción de Patiño, en estos murales parece haber un tono “anticlericalista” y un cierto afán subversivo. La autora se pregunta si la finalidad del artista fue utilizar el juego como medio de mostrar a los niños las desigualdades de la sociedad.

Simiente, libro de lectura editado en 1935, objeto de análisis del último ensayo, tuvo varios antecedentes: uno de ellos fue el texto de 1929, pionero en su género, *ABC para el niño campesino*, editado en Tabasco, en donde por más de una década había tenido gran arraigo la educación racionalista. Las lecciones, aunque dirigidas “al pequeño proletario”, buscaban despertar la conciencia de clase entre los trabajadores adultos, denunciar la explotación de que eran víctimas y señalar el camino para su emancipación. Antes que *Simiente* salieron también a la luz en 1931 los cuatro libros de texto para campesinos de la serie *El Sembrador* de Rafael Ramírez, edición de Herrero Hnos. vigilada por la SEP. En 1933 la propia SEP publicó 182 000 ejemplares de los mismos textos, ilustrados con elocuentes imágenes, para las más de 5 000 escuelas rurales del país. También de Ramírez se publicó a finales del cardenismo *El Plan Sexenal*, con dibujos de un muy joven Alberto Beltrán. Otra lectura para campesinos fue *Vida rural*, de Ernesto Martínez de Alva, y junto con *Simiente* se publicó la serie *VIDA* y la serie *SEP* para las nocturnas de trabajadores,

ilustradas por artistas de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR).

Una de las aportaciones del ensayo de Garay Molina es analizar las ilustraciones de Julio de la Fuente, llamar la atención a esta faceta de dibujante, no de todos conocida, del futuro antropólogo quien en el Congreso Indigenista de Pátzcuaro de 1940 denunció la violencia que la escuela representaba para el niño indígena y para su cultura.

En *Simiente*, la visión de la familia campesina repite los valores y patrones de la familia tradicional: la madre confinada en el ámbito doméstico, “siempre, en sus tareas de madre y esposa” el padre en el campo; a diferencia de los libros de texto para las escuelas nocturnas en que la mujer, además del hogar, tiene un lugar propio en la fábrica, en el sindicato y en la lucha social. *Simiente*, como las publicaciones oficiales de estos años, emprende con imágenes y textos una lucha contra los males que según las autoridades aquejan al campesino: el alcoholismo, el fanatismo, la falta de higiene, las creencias retardatarias. Las lecciones tendían a modernizarlo, pero sin desarraigarlo del campo, buscando siempre que su trabajo fuera más productivo.

Bienvenidas obras como éstas que descubren una rica veta y que nos enseñan a “encauzar la mirada”. Que muestran que hay varias maneras de mirar: que recuerdan que “la mirada visual” había sido olvidada y que en la historiografía, el discurso oral había avasallado al discurso visual.

Engracia Loyo
El Colegio de México

JOHANNA LOZOYA, *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, 214 pp. ISBN 9786074554267.

Sean bienvenidos los libros que reflexionan sobre la arquitectura mexicana, más aquellos que lo realizan con miradas multidisciplinares, que por igual involucran a la historia, la cultura y el pensamiento teórico arquitectónico, como es el presente ensayo de Johanna Lozoya.

Por años la autora se ha dedicado a la historia cultural de la arquitectura y por ende a su historiografía. Siendo su atención los imaginarios que recrean y a la vez transmiten los discursos de la arquitectura, no necesariamente históricos, en esta oportunidad nos presenta los resultados de sus exploraciones a los olvidos historiográficos y la relación de éstos con la construcción de identidades y esencias. Ya en anteriores artículos y ensayos de su autoría ha analizado las motivaciones y los argumentos que historiadores y críticos han esgrimido para clasificar y calificar a la arquitectura, y como ejemplo de ello hay que mencionar *Arquitectura escrita* (INAH, 2009), un libro que recoge la experiencia del Primer Congreso Internacional de Historiografía de la Arquitectura (Facultad de Arquitectura, 2005), en donde además de coordinarlo, junto con Tomás Pérez Vejo, escribe su Introducción y publica “Invención y olvido historiográfico del estilo colonial mexicano”, un artículo que se antoja antecedente del ensayo que se está reseñando. *Las manos indígenas de la raza española, el mestizaje como argumento arquitectónico* es, pues, la continuidad y el cierre de una larga investigación.

Cuatro capítulos constituyen *Las manos indígenas*, a los que antecede un prólogo, escrito por Enrique X. de Anda Alanís, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, y una introducción, a cargo de la autora, con bibliografía e índi-

ce onomástico al final, e ilustraciones en blanco y negro intercaladas en cada capítulo. El tema es el cuestionamiento de por qué los discursos sobre arquitectura han reparado en las características formales, ideológicas y significativas que hacen “mexicana” a la arquitectura edificada en el país. Al ser el mestizaje una noción que invariablemente envuelve a las producciones culturales, la investigadora se detiene en ella y nos proporciona un análisis de las implicaciones que en lo historiográfico y cultural ha traído consigo. Como anota en su Introducción:

El desconocimiento de lo mestizo como una compleja construcción cultural histórica se presenta en proporción directa a la *creencia* de una esencia mestiza natural que irradia cualquier experiencia estética mexicana, salvo aquellas, claro está, que son producto del immaculado mundo indígena contemporáneo [...] Inicio mi propia reflexión para da sobre los callejones historiográficos en los que prevalecen historias político-ideológicas y estéticas de la arquitectura nacional.

¿Cuántas veces se ha pensado que existe una “esencia” mexicana que hay que redescubrir cada vez que se siente resquebrajada o amenazada la identidad? ¿Cuántas veces se ha pensado que esa esencia se encuentra en el componente indígena de lo mestizo, más que en el español o hispanico? Preguntas de este corte guían los argumentos que se exponen a lo largo de los capítulos para demostrarnos el papel que han desempeñado cada uno de los elementos de la fórmula en la que recae la identidad, lo español y lo indígena, y cómo han sido interpretados en el tiempo. Para el estudio, el tiempo que se ha seleccionado es el que media entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años de la década de los treinta, con referencias a las interpretaciones que han prevalecido hasta el siglo XXI. Periodo propicio para el análisis porque conforma una etapa de nuestra historia cultural en la que se configura ideológicamente la nación, se seleccionan sus sím-

bolos, se crean sus héroes y se construye y reconstruye su historia; en la que el grupo de arquitectos educados en la Academia de San Carlos y después en la Escuela Nacional de Arquitectura tuvo cabida y activa participación con sus obras y argumentos.

La variable indígena de lo mestizo es el punto clave de los capítulos “Las manos indígenas de la raza española” y “La inverosimilitud de la antigüedad prehispánica”. En ellos se entrelazan la ideología, las redes sociales y la cultura compartida de los actores ubicados, principalmente, en tres de las instituciones en las que recayó, entre otras, la construcción del imaginario indígena –que no es lo mismo que las políticas implementadas hacia los indígenas– y su papel en la definición de la nación, a saber: la Academia de San Carlos, el Museo Nacional de Arqueología e Historia, y la Escuela Nacional Preparatoria. Los conceptos empleados por algunos protagonistas en conferencias y escritos, como lo fue el arquitecto Nicolás Mariscal, son presentados en comparación con otros, los de Jesús Díaz de León por ejemplo, para evidenciar que aunque se refirieron al mismo tema y con términos semejantes, sus miradas divergen tanto como sus fuentes disciplinarias; no es lo mismo pensar identidad desde la arqueología que desde la antropología. Por demás interesante es el acercamiento al imaginario prehispánico que se plasma en las pinturas modernas de finales del siglo XIX en contraposición con el que los arquitectos emplean para los monumentos conmemorativos de la raza indígena en esos mismos años. De esta forma es visualizado el célebre Monumento a Cuauhtémoc que desde 1887 adorna al Paseo de la Reforma de la capital, del escultor Leonardo Noriega y del ingeniero Francisco M. Jiménez, una muestra evidente de la imposibilidad de la arquitectura prehispánica de mostrarse verdadera ante los requerimientos de la arquitectura moderna.

El otro ingrediente del mestizaje, lo español o hispánico, es tratado en el capítulo “El otro”. Mediante un recorrido breve pero representativo de las ideas que ven en lo español, o lo que

nos ha despojado de identidad, o lo que nos la proporciona, la autora nos adentra en el complicado mundo de las representaciones mexicanas que lo consideran. De ahí el indispensable detenimiento en la arquitectura neocolonial promovida por el gobierno y por particulares en los primeros años de la década de 1920. Una posibilidad entre otras de expresión moderna de la mexicanidad, al igual que la arquitectura neoprehispánica. La significación cultural de estas dos corrientes, en consonancia con los compromisos políticos de los arquitectos para con las élites que se dieron a la reconstrucción nacional, es analizada como asunto de construcción de identidades y no como problema estético, como suele interpretársele en las historiografías, una interpretación bastante “simplista”, a consideración de la doctora.

Por último, “El lenguaje del caos” nos ubica en el tiempo de las vanguardias artísticas del siglo xx y las posturas adoptadas por intelectuales y artistas alrededor de ellas. En cómo los arquitectos mexicanos, y europeos también, se compenetraron en ellas revelándoseles la gran paradoja que la modernidad conlleva, la existencia de una tradición. ¿Qué hacer con la tradición? Pregunta varias veces explorada en la teoría e historia de la arquitectura, tanto por los protagonistas como por los estudiosos, pero pocas veces llevada hasta las consecuencias que la autora trata: una noción que descansa sobre bases etnológicas, que reconceptualiza a la raza indígena, con una dosis de antropología cultural, atenta a la figura del pueblo, entrelazada con las políticas populares de los gobiernos revolucionarios. Lo que ha derivado en que, desde las postrimerías del cardenismo, se piense nación asociada a las nociones de tradición-indio-pueblo. Con ello pone en evidencia la existencia de una creencia de reciente factura, de 80 años a lo más, y no de una esencia que siempre haya permanecido en la cultura mexicana.

Son de llamar la atención en este capítulo los señalamientos a las Pláticas del 33 –una serie de conferencias a las que la So-

ciudad de Arquitectos Mexicanos convocó para discutir el fenómeno del funcionalismo en arquitectura en 1933— que hacen patente que lo que se estaba discutiendo en ellas no era tanto el reto entre dos generaciones que se presentaban opuestas, anticuada y moderna, o dos posturas estéticas antagónicas, academicista contra nacionalista, sino el papel y el lugar político desde donde actuarían los arquitectos. De ahí la enorme fractura que se produjo en el gremio y la reinterpretación de los conceptos que se expusieron en ese hecho, efectos que fueron transmitidos a la experiencia historiográfica desde entonces. En gran medida es la intención de este capítulo demostrar que el significado de los conceptos es el resultado de “un proceso de reconfiguración de imaginarios”, dinámico, variable y mutante, y no esencias inmutables en el tiempo.

Después de leer *Las manos indígenas* surge la necesidad de revisar las explicaciones que circulan alrededor de la cultura mexicana, incluidas las de arquitectura. Si detrás de ellas no se halla implícita la idea de mestizaje que la autora señala con todas sus implicaciones, misma que también podría hallarse, y por extensión, en las que abordan América Latina y en la corriente posmoderna del “regionalismo”, tan en boga actualmente en arquitectura.

El libro antepone la duda y el cuestionamiento, como bien expresa Enrique de Anda en el prólogo, a cualquier categorización. Se apoya en las ideas prevalecientes en el siglo XIX y principios del XX pero no pretende su reconstrucción histórica, sino un recorrido por las que contemplan al mestizaje como argumento de identidad. Por esto puede considerarse un libro teórico de la arquitectura, pero no en el sentido de la teoría de la arquitectura tradicional, la que se pregunta por el qué es. Todo lo contrario. Si algo motiva la escritura de este libro es la de-construcción de esencias. Es un categórico “no” a pensar “lo mexicano”, o cualquier otra noción, con base en ellas, y en esta medida, el libro es un ejemplo de la renovación teórica de nuestra arquitectura.

Cada actor, estilo o corriente de pensamiento son revisados bajo la lupa de los mapas mentales y de sus ubicaciones espacio temporales haciendo interactuar a arquitectos como los hermanos Mariscal, Nicolás y Federico, Manuel Amábilis, Jesús Tito Acevedo, Alfonso Pallares, José Villagrán, Enrique del Moral, Alberto T. Arai, entre otros, con teóricos como Eugène Viollet le Duc, A.W.N. Pugin, John Ruskin, Adolf Loos, Le Corbusier. Y éstos a su vez con los autores de las historias de la arquitectura mexicana del siglo xx que han abierto capítulos al nacionalismo y a las identidades, Ernesto Alva, Antonio Toca, Ramón Vargas Salguero, Antonio Méndez Vigatá y el mismo Enrique Xavier de Anda Alanís.

Este último, autor de *La arquitectura de la Revolución mexicana* (UNAM, primera edición 1990), *Historia de la arquitectura mexicana* (Gustavo Gili, 1995) y *Vivienda colectiva de la modernidad en México: los multifamiliares en el periodo presidencial de Miguel Alemán* (IIE, 2008), entre otras publicaciones, reconoce que el trabajo de Johanna Lozoya renueva las plataformas de exploración al observar las fisuras que siempre hay en las explicaciones humanistas y que pone a debate el método de una búsqueda de identidad efectivo para la historiografía de la arquitectura del siglo XXI. De la metodología, señala, además, que aplica un continuo desmontaje de definiciones que al rearmarlas de nuevo, y en el proceso, ilumina “aspectos poco visibles en los recorridos anteriores a los mismos horizontes”.

Quien se acerque a *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico* encontrará un mundo de paradojas a las cuales nos han conducido las historias preocupadas por la identidad, encontrará un tema muy sugestivo abordado con agilidad y simultaneidad a otras cuestiones culturales, y probablemente encontrará algunas respuestas a los múltiples olvidos historiográficos, pero ante todo, encontrará una revitalizadora lectura del pasado, necesaria ahora, para

comprender el presente. Y para ello, nada mejor que la voz de la autora:

Pensemos entonces en la inviabilidad para el siglo XXI de una historia arquitectónica esencialista que sólo tiene sentido entre los nacionalistas radicales, en los grandes relatos del Estado nación del siglo XIX o en las ficciones literarias que, como *El laberinto de la soledad*, le afirman, no en el mundo de las ideas sino en el de las creencias. Concedamos, al menos por un momento, que toda identidad es una invención.

Lourdes Díaz

Universidad Nacional Autónoma de México